7242

A. PALLARDÓ y E. BOIX

Misterios de Barcelona

(Proceso Fontanellas)

Drama en siete actos, en prosa

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1915

3

MISTERIOS DE BARCELONA

(PROCESO FONTANELLAS)

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45, — BARCELONA

MISTERIOS DE BARCELONA

(PROCESO FONTANELLAS)

Drama en siete actos

original de

ALFREDO PALLARDÓ y EMILIO BOIX

Estrenado en el teatro Apolo, de Barcelona, la noche del
3 de Abril de 1915

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»
21 — Calle de San Pablo — 21
1915

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES	
	En el Circo Español (1)	En Apolo
Angela	Sra. Caparó	Sra. Caparó.
Amelia	» Tressols	» Guitart.
Ana	» Pujolá	» Gassó.
La Cierva	» Montal	» Bayona.
La Rubia	» Gotarredona	» Ortiz.
Don Enrique de Galcerán	Sr. Parreño	Sr. Rojas.
Jerónimo Tarrés	» Perelló	» Perelló.
Carlos y Conrado	» Delhom	» Delor.
Manolo	» Cabré	» Carnicero.
El Zorro	» Guilemany	» Castells.
Mateo	» Rubio	» Rubio.
Cosme	» Galcerán	» Sierra.
Roque	» Galcerán	» Guilemany
Un juez y Monedero 1.º	» Monterde	» Mer.
Pepe y Monedero 2.º	» Parreño (J.)	» Lluelles.
Ratero y Criado	» Bley	» Crespo.
Mozo de café	» Carabellido	» Casanova.
Comisario	» Parreño (J.)	» Casanova.
Mozo de la escuadra	» Carabellido	» Casanova.
Sereno	» Monterde	» Crespo.
Transeunte	» Carabellido	» Silvestre.

Rateros, rondín de vigilancia (ronda de Tarrés), serenos, monederos falsos, mozos de la escuadra, transeuntes, vendedores de periódicos, etc., etc.

Dirección: PARREÑO y ROJAS, respectivamente.

La acción, en Barcelona. Los dos primeros actos, en 1850; tercero, cuarto y quinto, en 1853, y en 1854 los dos restantes
Derecha e izquierda, las del actor.

(1) Con este reparto se estrenó en el Circo Español otro drama titulado *Los dramas de Barcelona*, escrito sobre el mismo asunto, y cuyos ejemplares fueron destruídos por el incendio del mencionado coliseo.

ACTO PRIMERO

El cafetín de la calle de Gínjol

La escena, dividida en dos mitades. A la derecha, un saloncito de un casino de rateros. Mobiliario deteriorado, especialmente un sofá; mesas, sillas, etc., etc. A la derecha, sala regularmente amueblada: escritorio, un espejo, un armario biblioteca, silla poltrona y otras sillas. Los dos salones se comunican por un pasillo que se ve al foro al quedar abiertas las puertas respectivas. La de la izquierda se abre y cierra oprimiendo un resorte, por lo que debe permanecer cerrada mientras el diálogo no indique lo contrario. A más de esas puertas del foro, habrá en la de la izquierda una salida secreta, y en la de la derecha, la que comunica con las otras dependencias. Luces de petróleo en ambos departamentos.

ESCENA PRIMERA

MANOLO y EL ZORRO, jugando al dominó. UN RATERO, tumbado en el sofá. OTROS RATEROS, jugando a la baraja. En el otro departamento, JERÓNIMO TARRÉS, consultando planos y volúmenes, que toma de la biblioteca; viste un levitón raído y cubre sus cabellos una peluca gris. Usa anteojos.

MANOLO (Al Zorro.) ¡Vamos, juega de un vez!

ZORRO El seis-as.

MANOLO ¡Mala jugada es ésa! Pero ¡cómo ha de ser!... El as-cuatro.

ZORRO El cuatro-tres.

MANOLO (Después de poner ficha.) Pues anda otra vez al robo.

672749

ZORRO (Después de pillar fichas.) El tres-cinco.

MATEO El cinco-seis.

ZORRO Doblo.

MANOLO Pues mal negocio hiciste. Cierro los doses.

ZORRO (Quedándose con todas las fichas.) ¡Diantre!

MANOLO Esto es cargar con el mochuelo.

ZORRO Por eso me aburre el dominó. Mi juego es el *cané*.

MANOLO Como que te recuerda los tiempos en que estuviste en Ceuta.

ZORRO ¡Claro que sí! Y por cierto que allí se juega al *cané* verdadero... Tú no sabrías.

MANOLO Como que no he pasado del *estaribel*; pero suelta la lengua para que lo sepa, por si alguna vez me toca la negra.

ZORRO Pues vas a ver. En presidio no se permite la baraja, pero se consiente que cada uno tenga las estampillas de santos que quiera, y ofrecerles las oraciones que cada pobre juzgue conveniente, y así se juega.

MANOLO Pues no comprendo.

ZORRO Si es lo más sencillo. Se juntan cuatro estampas de San Pablo, por ejemplo, cuatro de San Luis, cuatro de San Pedro y de otros santos, hasta hacer el total de cuarenta y ocho, y ya tienes la baraja.

MANOLO Entiendo; las estampas de San Pablo serán los ases; las de San Luis, los doses; las de San Pedro...

ZORRO Los treses. ¡Si es lo más fácil! El primer santo que sale es la carta del banquero; a las otras apuestan los demás. —Tres cirios a San Pablo. — Un rosario a Santa Rita. —Una misa a San Roque... Y así se juega, sin que sospechen los curiosos que un cirio equivale a un cuarto, una salve a un real, una misa a una peseta, y un rosario a media.

MANOLO ¿Y con qué se apunta?

ZORRO Con nada. Por eso se llama jugar al

cané, que en nuestra gerigonza es como decir jugar de oído. Pero sigamos con las fichas; aun me queda el desquite.

MANOLO Como quieras. (Siguen con el juego.)

ESCENA II

Dichos. MATEO y COSME. Mateo viste librea de cochero.

MATEO (A Cosme.) ¡Entra sin reparo! ¿A qué esta aprensión?

COSME No sé qué extraño efecto me causa todo esto.

MATEO ¡Aprensión! Siéntate, y que nos sirvan.

COSME (Al mozo.) ¡Un vaso de agua!

MATEO ¿De agua? ¡Bah! ¡Vas a arruinarte! Dos copas de Peñascaró.

COSME Es que...

MATEO ¡Vas a beber de lo bueno! Verás. (Vase el mozo.)

COSME Estaremos aquí poco tiempo, ¿verdad?

MATEO ¡Sólo lo preciso! Deja que empiece el juego; no hay que impacientarse. Tú verás como dentro de poco, con los cuatro duros que te he prestado, te harás con los cincuenta que se te perdieron, y que, según dicen, eran de tu principal.

COSME No se me perdieron, no. ¡Me los robaron!

MATEO No lo creas. En Barcelona no abundan los ladrones.

COSME ¿No? ¿Y ésos, qué? (Por los de la escena.)

MATEO ¿Esos? ¡Bah! Tienen cara sospechosa, pero son buenos chicos... ¡Los conozco yo!

COSME (Al mozo que les sirve.) ¿Me hace usted el favor de un periódico?

MOZO Voy al momento. (Vase.)

MANOLO (En su mesa, y siguiendo con el juego.) ¡El seis-cuatro!

ZORRO Pues la oración se ha vuelto por pasiva; ¡ahora cierro yo!

MANOLO ¡Malhaya! (Tira las fichas; una se cae al suelo, y al ir a cogerla, Manolo se fija en Cosme.) ¡Oye! ¿Quién es ése que está con Mateo?

ZORRO ¡No sé! Mientras no se trate de un *guiri*...

MANOLO Es preciso sabérlo. Ahora verás. (Se levanta y se dirige a Cosme.) ¿Sata abillaraste disde acoi? ¿Coin sinelas? (Traducción: ¿Cómo llegaste hasta aquí? ¿Quién eres?)

COSME No sé qué quiere usted decirme.

MATEO (Guiñando el ojo a Manolo.) ¡Ja, ja, ja! (Manolo, que entendió la seña de Mateo, vuelve a su sitio dando traspiés y fingiéndose borracho.)

COSME ¿Qué es eso, Mateo? ¿Qué significa...

MATEO ¡Nada! Que el pobre está, sin duda, algo achispado.

ZORRO (A Manolo.) (¿Quién es?)

MANOLO Nos lo dirá Mateo; aparta. (El Zorro se levanta.)

MATEO (A Cosme.) Y el caso es que es amigo mío, y no quisiera... Pronto soy contigo. (Va a la mesa de Manolo.)

MOZO El periódico. (Lo entrega a Cosme.)

ZORRO (Yendo a ocupar la silla de Mateo y dirigiéndose al mozo.) Tráeme una copa, Paco... ¡No! No te molestes. Beberé en la misma de Mateo. (Se sirve aguardiente, fijándose en Cosme.)

MANOLO (A Mateo.) ¿Me dirás quién es?

MATEO A eso voy. Como a mi coche se le rompió uno de los muelles, nuestro asociado me mandó aprovechar el tiempo.

MANOLO ¿Nuestro asociado?...

MATEO ¡Sí, don José! Ese buen señor que, encerrado en el aposento contiguo, trabaja día y noche por nuestra cuenta.

MANOLO O por la suya; pero al grano.

MATEO ¡Pues al grano! Este *gachó*, aunque escultor de oficio, ayuda con su trabajo a su padre, que es grabador en metales, y, según parece, ambos son una notabilidad en el ramo.

MANOLO Comprendo; hace falta un grabador, para...

MATEO Para lo que sea, pero lo extraño es que me ha mandado traerle aquí, para que lo prendan los de la vigilancia.

MANOLO Para que lo... ¡Pues no lo entiendo!

MATEO ¡Tampoco yo! Le birlaron cincuenta duros que fué a cobrar, y con cuatro que le he prestado le he inducido a que venga a probar fortuna, y en cuanto llegue el momento...

MANOLO ¿Qué?

MATEO Los de la ronda coparán la banca.

MANOLO ¡Oh! Entonces...

MATEO ¡No! ¡No temas! Antes que ellos llegará el aviso; pero como que sólo aprisionan a los que llevan armas consigo...

MANOLO Comprendo; ése...

MATEO Ese llevará mi navaja. ¿Deseas algo más?

MANOLO No. ¡Anda! Que no sospeche. (Mateo vuelve a su mesa; el Zorro se aparta, pero sin abandonar la mesa. Entretanto y mientras dure el siguiente soliloquio de don Jerónimo, el ratero que estaba tumbado en el sofá, se levanta, y acercándose a Manolo le entrega algunas joyas, envueltas en un pañuelo. Dan las 12. Los demás rateros siguen hablando entre ellos. Cosme continúa leyendo el periódico.)

JERÓNIMO (En su gabinete.) ¡Las doce! Esta es la hora y no acude... Debí presumirlo... El, un caballero, venir a ese lupanar... Pero yo no podía elegir otro sitio donde tuviera mejor puesto el cebo... (Pausa.) ¡Vendrá, sí! ¡Después de nuestra última entrevista y en su afán por desentrañar lo subrayado de mi carta, iría hasta el infierno!... No tengo duda... Esperemos aún... El negocio lo vale.

COSME (Por lo que ha leído en el periódico.) ¡Diantre! ¡Es lo más acertado!

MATEO ¿Qué?

COSME Que ofrecen dos mil duros al que dé con los autores del robo de casa Torruella.

ZORRO (¿Eh?)

MATEO Por dos mil duros torpe será el que se meta en un lío.

COSME Pues por menos lo haría yo.

ZORRO (Terciando en la conversación.) ¿Y qué os reportaría la declaración?

COSME ¿Qué sé yo? En todo caso no me reportaría nada malo.

ZORRO Cierto que el acero nada tiene de malo mientras no tenga forma de navaja, y sienta uno que le introducen una cuarta de él en las entrañas. ¡Paco, cobra mi copa! (Deja una moneda sobre la mesa y vuelve con Manolo.)

COSME (A Mateo.) ¿Qué ha querido decirme con eso?

MATEO Que lo que no hayas de comer, déjalo cocer.

COSME ¿Es que ha querido, tal vez, amedrentarme?

MATEO ¡Quiá!

MOZO (A Mateo, mientras recoge el servicio.) ¿No queríais probar suerte? Pues van a reanudar el juego.

MATEO ¡Ah! ¿Ya?

MOZO ¡Sí! El banquero está tallando hace rato.

MATEO (A Cosme.) ¿Oyes? Este es el momento oportuno.

COSME Pues vamos allá.

MATEO ¡Vamos! (A los rateros.) ¿Y vosotros, no vais a tirar de la oreja a Jorge?

RATEROS ¡Ya lo creo! Como que no se queja, el pobre.

MATEO Pues adelante. (Vanse los rateros.)

COSME ¡Oh! Si la suerte quisiera...

MATEO ¡No lo dudes! ¡Ah! Guárdame eso. (Le entrega su navaja.) Yo no puedo llevar armas conmigo... Soy fuerte de genio, y...

COSME ¿Pero por qué la llevas?

MATEO Es una herramienta propia de mi oficio... Ya ves, a veces se rompe una correa y... (Vanse continuando la conversación. El mozo, después de recoger las copas y el dominó, ha salido por el foro a fin de pasar a la parte izquierda. Al llamar a la puerta, Jerónimo no abre hasta tener en orden los papeles esparcidos por la mesa, lo que da tiempo al diálogo de Manolo y el Zorro, que han quedado solos en el departamento de la derecha.)

ZORRO A no ser por el compromiso que caería sobre el establecimiento...

MANOLO ¡Ya! Hubieras hecho una barbaridad.

ZORRO Pues cualquiera aguanta... Pero vamos a lo que importa. (Mirando si están solos.) ¿De qué se trata?

MANOLO No te impacientes; todo se andará. Falta todavía uno a la cita.

ZORRO ¿Quién?

MANOLO Carlos.

ZORRO No debe tardar.

MANOLO Así lo creo, pero tenemos tiempo para dejar el *lastre*. (El lastre son las joyas que le entregó el ratero. Jerónimo oprime el resorte que abre la puerta de su departamento, y el mozo penetra en él. Manolo y el Zorro se dirigen también allí.)

MOZO Don José. (1)

JERÓNIMO ¡Ah! ¿Eres tú? (Y añade confidencialmente.) ¿Ha venido ya?

MOZO Aguarda abajo.

JERÓNIMO ¿Y el Zorro y Manolo, están ahí?

MOZO ¡Hace ya tiempo!

JERÓNIMO Pues despacharé antes con ellos. (Así se alejarán.)

MANOLO (Presentándose.) Y hará usted perfectamente.

JERÓNIMO ¡Ah! ¿Vosotros aquí?

ZORRO Así parece.

JERÓNIMO (Al mozo.) ¡Aguarda! (A los otros.) ¿Qué tal se trabaja?

---

(1) A Jerónimo Tarrés, antes de pertenecer a la policía, se le conocía por José Alsina.

MANOLO No del todo mal.
JERÓNIMO ¡A ver!
MANOLO ¡Ahí va eso! (Tira sobre la mesa las joyas robadas.)
JERÓNIMO ¡Bravo! Buen negocio.
MANOLO Bueno del todo, no. También tiene sus quiebras.
JERÓNIMO ¿Algún contratiempo?
MANOLO Sí, por cierto. Dos camaradas que trabajaban un reloj han sido sorprendidos en la faena y han dado fondo con sus huesos en el estaribel.
JERÓNIMO Mañana saldrán a la calle. (Fijándose en uno de los relojes robados.) ¡Ah! Bien decía yo...
MANOLO ¿Qué?
JERÓNIMO Que este reloj es de cobre. ¿Pero no conocen por su pinta a los que usan joyas falsas?
MANOLO Le diré a usted, a veces...
JERÓNIMO ¿Qué apostamos a que el que lo ganó es uno de los que han dado fondo en la cárcel?
MANOLO ¡Probablemente!
JERÓNIMO De ser así, que espere sentado la hora de su liberación. En la cárcel aprenderá a distinguir; no faltan allí maestros excelentes para el caso. Mañana saldaremos nuestras cuentas. Podéis retiraros. (Al mozo.) Que suba ese caballero.
MOZO Al momento voy. (Vase.)
ZORRO Manolo, alerta. (Pasan a la derecha.)

ESCENA III

JERÓNIMO, en su gabinete. MANOLO, ZORRO y CARLOS, que entra, a la derecha. Luego, DON ENRIQUE, y después, el RATERO. Carlos lleva vendada su mano diestra.

CARLOS ¡Buenas noches!
MANOLO A buen tiempo llegas; pide lo que quieras.

CARLOS No tengo sed. (Con ceño adusto.)

ZORRO Hace ya tiempo que noto en ti algo extraño. Vienes malhumorado.

CARLOS No lo creas.

MANOLO ¡Bah, bah! ¿No tienes sed? Pues siéntate y fuma. (Se sientan. Zorro saca su petaca y fuman.)

MOZO (Guiando a don Enrique por el foro.) Pase usted sin cuidado; la primera puerta de la derecha.

JERÓNIMO (Después de ocultar lo robado.) (¡Ya está aquí!)

MANOLO (Al mozo, que desaparece.) Cuando vuelvas tráenos unas copas.

JERÓNIMO (Después de abrir la puerta de su gabinete.) Adelante.

ENRIQUE (Bajando el embozo con que entró en escena.) Usted extrañará, tal vez, que haya osado llegar hasta aquí.

JERÓNIMO Caballero...

ENRIQUE Ahorremos palabras inútiles, y dígame lo que significa esta carta.

JERÓNIMO Es un simple aviso.

ENRIQUE Ignoro el medio de que se ha valido para sorprender mis relaciones amorosas con la señorita de Fonseca, y extraño que se atreva a afirmar en su carta que no llegará a realizarse nuestro matrimonio..

JERÓNIMO Como que la prometida de usted no heredará íntegra la fortuna de su señor padre, como usted supone...

ENRIQUE Pero cómo es posible que usted sepa...

JERÓNIMO Porque es natural que teniendo el señor de Fonseca un hijo varón, sea éste su heredero, y además, porque poseo la minuta del testamento escrito de puño y letra de su futuro suegro, en la que instituye heredero a su hijo don Conrado.

ENRIQUE ¿Pero está usted seguro?

JERÓNIMO ¡Vaya si lo estoy! Y para que se convenza, estoy pronto a enseñarle la minuta.

ENRIQUE ¿Pero cómo pudo obtenerla?

JERÓNIMO Esto es cuenta mía. ¿Quiere usted verla?

ENRIQUE ¡Sí, venga esa minuta!

JERÓNIMO Aquí está. (Después de sacarla de uno de los cajones de la mesa. Don Enrique la lee, mientras aparece el ratero en el otro departamento.)

RATERO (A Manolo.) He tenido buen empiece de faena.

MANOLO ¿Cómo?

RATERO He tropezado con el reloj de ese caballero que acaba de subir. (Lo muestra.)

ZORRO ¡Caramba! ¡Soberbia pieza!

RATERO Sí. Lo malo es que lleva grabado el nombre del dueño.

MANOLO ¡Diantre!

ZORRO (Leyendo en el reloj.) Don Enrique de Galcerán.

MANOLO (Con sorpresa al oir el nombre.) ¡A ver! ¡Vive Dios! (Ira contenida.)

RATERO ¿Qué te sucede?

MANOLO Que don José iba a jugarme una partida serrana; pero dará con la horma de su zapato. Esperadme aquí.

CARLOS Yo me marcho, entonces.

MANOLO ¡No! Si anhelas saber algo de lo mucho que te concierne, espérame también. ¡Tomad la baraja!... ¡Jugad! Haced algo para que no sospechen... Pronto soy con vosotros. (Vase por el foro. El Zorro y el ratero juegan a la baraja. Carlos lee el periódico.)

JERÓNIMO ¿Se convence usted?

ENRIQUE En efecto; no deja lugar a duda.

JERÓNIMO Lo siento vivamente; pero... ¡quién sabe! Todo puede arreglarse todavía, y si quisiera...

ENRIQUE Caballero...

JERÓNIMO Hablemos con franqueza. La posesión de la señorita de Fonseca bien merece algún sacrificio por parte de usted, ya que renunciar a la fortuna de su futura sería una estupidez.

ENRIQUE Le advierto que mi pasión es desinteresada.

JERÓNIMO Comprendo; pero no ignoro que su padre de usted está muy cerca de la ruina, y que la fortuna de los Fonseca es su sola tabla de salvación.

ENRIQUE ¡Oh! ¿Quién ha osado decirle?...

JERÓNIMO La misma persona que me aseguró que si su señor padre no puede hacer efectiva cierta letra a su vencimiento, se saltará la tapa de los sesos.

ENRIQUE Pero...

JERÓNIMO ¡Vamos al grano! ¿Cuánto daría usted al que le librara de estorbos?

ENRIQUE No comprendo...

JERÓNIMO ¿Más claro aún? ¿Cuánto daría usted para que don Conrado, el hermano de su futura, fuese suprimido?

ENRIQUE ¿Asesinarlo?

JERÓNIMO ¿Eh? ¡No se trata de eso! Se trata de que desaparezca por algún tiempo... y una vez ustedes casados...

ENRIQUE (Con dignidad.) ¡Señor mío! Estimo mi honra, y si la suerte se ensaña contra mí, prefiero la desgracia a la deshonra.

JERÓNIMO (¿Le habré juzgado equivocadamente?...)

ENRIQUE ¡Hasta nunca! (Va a salir pero halla la puerta cerrada.) ¡Oh! ¿Quién cerró esta puerta?

JERÓNIMO ¡Mi precaución!

ENRIQUE ¡Abra usted pronto!

JERÓNIMO ¿Pero será posible que así renuncie usted...

ENRIQUE Caballero...

JERÓNIMO ¡No! ¡No insisto! ¿Qué me importa, al fin, que su padre se suicide huyendo de la deshonra, que usted renuncie a ese amor que dice ser su vida?... ¡Nada absolutamente! Entre la consideración y el descrédito, entre la opulencia y la miseria opta usted por lo último... ¿Qué le vamos a hacer?... Sólo me resta admirar tanto puritanismo. (Oprime el resorte y ábrese la puer-

ta.) Tiene usted franca la salida. Cuando usted quiera...

ENRIQUE (¡Oh! ¿Qué hacer?)

JERÓNIMO (Vacila.) ¿Qué espera ya?

ENRIQUE Júreme no asesinar a Conrado, y acepto su ayuda.

JERÓNIMO ¡Oh, sí! Se... lo aseguro.

ENRIQUE Entonces...

JERÓNIMO Pero antes sería conveniente para ambos que un mutuo compromiso... un sencillo documento... ¿Comprende usted?...

ENRIQUE Deme usted la pluma.

JERÓNIMO (Dándosela.) Tratándose de una herencia cuantiosa, de la vida de un padre, de su felicidad, en fin, prometa usted pagar seis mil duros... Como estos servicios son tan especiales...

ENRIQUE (Después de escribir, y mostrando lo escrito a Jerónimo.) ¿Le satisface?

JERÓNIMO (Después de leerlo.) ¡Perfectamente! El día siguiente de su boda me tendrá a sus órdenes.

ENRIQUE Hasta entonces, pues.

JERÓNIMO Aquí le esperaré. (Saludándole. Don Enrique desaparece por el foro.) (¡Tragó el anzuelo!) (Guarda el documento.)

CARLOS (A los de su mesa.) No puedo esperar más; diréis a Manolo que mañana haré por verle. (Va a salir, cruzándose al foro con don Enrique.)

ENRIQUE Pero, ¿qué es esto? ¿Tú aquí, Conrado, y en este traje?

CARLOS Me confunde usted con otro. Yo no me llamo Conrado.

ENRIQUE Perdone, pues... (¡Qué parecido tan extraordinario!) (Vase.)

CARLOS (¿Qué significa eso? ¿Conrado yo? Siempre este nombre... ¿Qué misterio es éste? Manolo prometió aclararlo... Le esperaré.) (Vuelve a su mesa.)

ZORRO Pero ¿qué? ¿Te quedas?

CARLOS Ya lo ves. He mudado de parecer.

ESCENA IV

Dichos menos don Enrique. Jerónimo, después de guardar el documento, va a cerrar la puerta, pero se encuentra frente a frente con Manolo. Este consulta el reloj de don Enrique.

MANOLO ¡Las doce y media! Esta es la hora en que don Enrique cayó en el garlito.

JERÓNIMO ¡Manolo!

MANOLO La una menos treinta. Así lo marca el reloj de ese caballero.

JERÓNIMO ¡Oh! ¡Su reloj! ¡Dámelo!

MANOLO ¡Eh! ¡Despacito! ¡Me pertenece! Puede valerme una no despreciable gratificación.

JERÓNIMO ¿Pero no convinimos?...

MANOLO Nuestro convenio es nulo, porque falta usted primero a lo pactado.

JERÓNIMO ¿Que yo falto?

MANOLO ¿Quiere usted mejor prueba que este reloj? ¿Cómo vino don Enrique aquí sin yo saberlo?

JERÓNIMO Porque era necesario.

MANOLO Usted me toma por un *lilí*, y no lo consiento. Iba usted a intentar el negocio por su cuenta y me llamo a la parte, porque yo substraje la minuta de la cartera del notario; esto sin contar que este negocio es incompatible con otro mejor y menos expuesto para nosotros.

JERÓNIMO No comprendo.

MANOLO ¿Conoce usted a don Conrado de Fonseca?

JERÓNIMO ¡Seguramente!

MANOLO ¿Y si le dijera que está aquí en el café?

JERÓNIMO No lo creería.

MANOLO Pues va usted a convencerse...

JERÓNIMO ¿Dónde vas?

MANOLO ¡Aguarde! Pronto vuelvo. (Va a buscar a Carlos.)

JERÓNIMO Don Conrado aquí... No es posible... Este hombre está loco...

MANOLO ¡Carlos! Necesito de ti.

CARLOS Pero...

MANOLO No seas terco... ¡Sígueme! (Mientras Manolo trata de convencer a Carlos y pasar a la izquierda, llaman a la puerta secreta.)

JERÓNIMO (Por la llamada.) ¿Eh? ¿Qué es esto? Algo ocurre. ¿Qué pasa?

VOZ (Dentro.) Los del rondín vienen a copar la banca.

JERÓNIMO (Ya era tiempo.) ¡Gracias! Haré la señal. (Tira del cordón de una campanilla.)

MANOLO (Al aparecer en el departamento de la izquierda con Carlos.) Este caballero quiere hablarte.

JERÓNIMO (Al fijarse en Carlos.) Don Conrado.

CARLOS Seguramente me confunde usted con otra persona.

MANOLO (¿Va usted comprendiendo?)

JERÓNIMO (¡Oh, sí!)

MANOLO (Este va a ser un nuevo filón.)

JERÓNIMO ¿Su nombre?

CARLOS Carlos Rovira.

JERÓNIMO ¿Vive su padre?

CARLOS ¡No! Víctima de un engaño, suicidóse en su desesperación.

JERÓNIMO ¿Y su madre, vive?

CARLOS ¡Oh, sí! ¡Esa, sí!

JERÓNIMO ¿Está usted seguro?

CARLOS ¡Caballero!...

JERÓNIMO ¿Y si esta mujer a quien cree usted su madre, no lo fuera?

CARLOS ¿Se atreve usted a dudarlo?

JERÓNIMO Tal vez logre convencerle de lo que digo. Precisamente guarda esta biblioteca lo que podríamos llamar «Crónica secreta de Barcelona». Va usted a convencerse. (Busca un volumen en la biblioteca.) Letra F. Este debe ser. (Consultando el volumen.) Fonseca. Familia de don Pedro de... Esta es la nuestra. ¿Sabe usted leer?

CARLOS Tengo esa suerte.

JERÓNIMO Pues fíjese en lo concerniente a esa familia.

MANOLO (Mientras Jerónimo indica el párrafo a Carlos.) (¿Que si sabe leer? ¡Pues no tiene poca letra menuda! ¿Y su pluma?... ¡Oh, lo que no haga él con la pluma...) (Dando a entender que es apto para la falsificación de firmas.)

CARLOS (Leyendo donde indique Jerónimo.) «Asegúrase que don Conrado fué substituído en la cuna, pues el doctor Morales, que le visitó en aquel entonces, afirma no ser el mismo niño que visitara algunos meses antes.»

JERÓNIMO Fíjese bien en este detalle.

CARLOS Está bien claro que, según parecer del doctor, don Conrado había sido substituído.

JERÓNIMO Prosiga.

CARLOS «¿Cómo no fué conocida la artimaña por los padres? He aquí el misterio; pero lo más probable es que la autora del cambio fuera la nodriza, y que ésta fuera, al mismo tiempo, la amante de don Pedro de Fonseca, pues el niño que pasa por hijo de éste tiene gran parecido con el hijo de esa mujer, parecido que sólo se explica siendo ambos niños hijos de un mismo padre.»

JERÓNIMO ¿Lo ve usted claro?

CARLOS Sí, pero no me explico...

JERÓNIMO ¿Ah, no? ¿Y si fuera usted el niño substituído?

CARLOS ¡No es posible! La mujer a quien llamo madre es incapaz de semejante impostura. No debo creerlo.

JERÓNIMO ¿Y quién afirma que fuera ella la culpable? Aquélla abandonóle, seguramente, mientras que la que ha hecho con usted las veces de madre, quien sabe si le halló aterido de frío y muerto de hambre.

CARLOS Me hace usted dudar...

MANOLO Como que así debió ser.

CARLOS Ella me lo dirá. Yo le arrancaré ese secreto.

JERÓNIMO ¡No! ¡Eso, no! Antes que salga de aquí debe usted empeñar su palabra de honor de no confiar, ni aun a esa mujer, nada de cuanto acabo de revelarle.

CARLOS ¿Pero lo que ha dicho usted es cierto?

JERÓNIMO Y tanto, que desde ahora, para mí ya no se llama usted Carlos, sino Conrado. Le llamaré así para que se acostumbre a ello. ¡Oh! Es todo un fortunón el que se le viene a la mano... ¡Se trata de millones!

CARLOS (¡Ah! Veré al fin realizados mis sueños de amor.)

JERÓNIMO ¿Duda usted todavía?

CARLOS Espero que no me harán ustedes víctima de un engaño. ¿Qué bien les reportaría? Además, tú, Manolo, debes la vida a los cuidados de mi madre, y estoy seguro de que ningún mal me quieres; por lo tanto, dígame lo que debo hacer.

JERÓNIMO Por el momento, esperar los acontecimientos, pero sería conveniente que se alejara de Barcelona.

CARLOS ¿Alejarme?

JERÓNIMO Lo creo imprescindible. De nada carecerá en su ausencia. Según indicó Manolo, es usted hábil en el manejo de la pluma, siendo así, se le facilitará una carta del supuesto Conrado para que se ejercite en adoptar su letra sin descuidar la firma.

CARLOS Eso fuera para mí pequeño inconveniente; pero ¿qué se propone usted? ¿Una suplantación?

JERÓNIMO Espero desvanecer mañana sus recelos al presentarle pruebas convincentes. Nada más tengo hoy que decirle. Puede usted retirarse cuando quiera, pero no pase por el café, no es conveniente; pase usted por aquí. (Abre la puerta secreta.)

CARLOS Pero...

JERÓNIMO Nada tiene que temer. Manolo le guiará a usted.

CARLOS ¡Hasta mañana!

JERÓNIMO Hasta mañana, don Conrado.
CARLOS ¡Vámonos, Manolo!
MANOLO Como tú quieras. ¡Vamos! (Vanse por la puerta secreta.)

ESCENA V

Dichos menos Carlos y Manolo. Luego, MANOLO, que vuelve.

JERÓNIMO ¡Perfectamente! ¡Esto marcha! Cree Manolo que los dos negocios son incompatibles... Yo le probaré lo contrario; pero esto correrá a mi cargo... ¡Sólo a mi cargo!
MANOLO Ya se marchó. ¿Qué ha resuelto usted?
JERÓNIMO Suprimir a don Conrado.
MANOLO Ya me preocupo de ello.
JERÓNIMO ¡Pues buena suerte!
MANOLO ¡Cuento con ella! (Pasa al otro departamento.)
JERÓNIMO Ahora, a mis asuntos particulares. (Prueba el temple de un puñal, que guarda otra vez.)
MANOLO (Al Zorro y al ratero, con intención.) El caracol se come sin la concha.
ZORRO Llevo mi alfiler para sacarlo.
RATERO Por si no sirve el tuyo, ahí va el mío. (Saca su navaja.)
MANOLO ¡Pues en marcha!
ZORRO ¿De qué se trata?
MANOLO Lo sabréis más tarde... Vamos. ¿Pero quién viene?
ZORRO Mateo.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y MATEO.

MATEO Ya se llevan al perillán aquél.
MANOLO ¿Preso?
MATEO Y *trinqueladó*. Voy a notificarlo a don José. (Pasa a la izquierda.)

MANOLO ¡Ea! ¡Al avío! Seguidme.

RATERO Y ZORRO ¡Vamos! (Vanse.)

MATEO (Después de llamar y entrar en escena.) Sus órdenes quedan cumplidas. Cosme va camino de la cárcel.

JERÓNIMO ¡Perfectamente! Pero antes... ¿Sabes dónde está el *convento*?

MATEO ¿Qué convento?

JERÓNIMO ¡Dilo al instante!

MATEO Pero si no sé...

JERÓNIMO (Amenazándole con sorpresa con el puñal.) Dímelo, o ¡ay de ti!

MATEO ¡Por piedad! Le juro a usted que ignoro...

JERÓNIMO ¡Eso te salva! Pero por tu bien procura ignorarlo siempre.

MATEO (¡Oh! Yo sabré de qué se trata.)

JERÓNIMO ¡Vete ya! (Vase Mateo.) Creen esos que sólo trabajo por su cuenta... Justo es trabajar algo por quien me paga. (Cierra la puerta, se quita el levitón, la peluca gris y la barba postiza. Saca del armario un gabán, una gorra galoneada y un bastón de mando, con lo que queda convertido en el jefe de policía. Mateo aparece en la parte derecha.)

MATEO Cuando salgas de aquí, yo seguiré tus pasos. (Se tumba en el sofá, cubriéndose con un tapabocas allí olvidado.)

JERÓNIMO Ahora, ¡ay del que se oponga al paso de Jerónimo Tarrés! (Vase por la puerta secreta.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El secuestro

El llano de la Boquería en 1850. Las luces de la farola, encendidas. Está nevando.

ESCENA PRIMERA

ANA, vendiendo periódicos. LA CIERVA, pordioseando. Vendedores de periódicos, transeuntes, etc., etc.

VENDEDOR ¡El último discurso del general Narváez!

CIERVA (A un transeunte.) ¡Dios le pague la caridad, caballero!

ANA ¡*La Correspondencia,* que ha llegado de Madrid! (Algunos transeuntes le compran periódicos.) Sin duda daré fin a los periódicos.

CIERVA No es poca suerte ésa; pero el afán de noticias tocará a su término y se convencerá usted de que esa industria no da mucho de sí... Lo sé por experiencia... Mi oficio es más lucrativo...

ANA Me repugna el mendigar.

CIERVA Y a mí vender periódicos, porque de tanto pregonar mi mercancía quedé sin voz y sin ganas de... Pero cada cual a lo suyo. (Va a importunar a un transeunte.) Noble caballero... Una limosnita por el amor de Dios... (El transeunte la socorre y se aleja.) Dios

le aumente la caridad, caballero... ¡Qué roñoso! Sólo un miserable ochavo.

ANA ¡Pobre Cierva!

CIERVA ¡Pobre por mi culpa!... A no ser tan honrada y a no tener tan sensible el corazón.

ANA ¡Ah! Pues yo, si mi marido no se hubiese fiado de...

CIERVA ¿De quién?

ANA De... ¡No! No me lo preguntes. No puedo revelarlo...

CIERVA (Si pudiera hacerla hablar...)

ANA (Al menos habré contribuído a la dicha de uno de mis hijos.) ¡*La Correspondencia*!

CIERVA (¡Malhaya la casta!...)

MANOLO (Saliendo.) ¡Adiós, Cierva!

CIERVA ¡Adiós, Manolo!

MANOLO (Viendo a Ana.) ¿Pero, qué es esto? ¿Usted vendiendo periódicos?

ANA ¿Qué iba a hacer? Ya no quedaba en casa ni un mendrugo de pan.

CIERVA Y pensar que Carlos, su hijo... Ese perillán le ha tomado ojeriza al trabajo.

ANA No le culpes. El pobre hace lo que puede.

MANOLO Claro que sí, y ya hablaremos de eso. No va usted a vender periódicos mucho tiempo... Yo se lo fío.

CIERVA Mal fiador le sale a usted. Además, hoy todo va de mal en peor.

MANOLO Pues si tú te quejas es por tu culpa.

CIERVA ¿Por mi culpa?

MANOLO ¡Claro! Abandonaste tus negocios...

ANA ¿Sus negocios?

MANOLO Como lo digo. Proporcionaba acomodo a criadas de servir; pero en cierta ocasión, a no andar lista...

ANA ¿Qué?

MANOLO Que por poco va derechito a la cárcel a cambiar de aires.

CIERVA ¡Calla, calla!

ANA ¿Cómo? ¿Por proporcionar criadas...

MANOLO ¡Criadas, sí! ¡Y muy bien criadas!

Como que ya no necesitaban de ama de cría.

ANA — No te comprendo.

MANOLO — ¡No es necesario! Además, algo debe hacerse por la vida.

CIERVA — Seguramente, y al que no aprovecha la ocasión... (Pasa un transeunte.) Una limosnita; por el amor de Dios... (Desaparece, importunando al transeunte.)

MANOLO — (A Ana.) ¡Allá ella! Pero está usted muy achacosa con este trabajo.

ANA — ¿Qué voy a hacer?

MANOLO — ¿No sirvió usted de nodriza en casa de uno de los principales banqueros de Barcelona?

ANA — (Con sorpresa.) ¡Oh! ¿Cómo sabes tú eso? ¿Quién te ha dicho que...

MANOLO — He oído asegurarlo.

ANA — ¡Bien, sí, es cierto!... Pero, ¡por Dios! Que Carlos ignore...

MANOLO — Lo que es por mí... Pero usted, dada su situación, debería acudir a esos señores.

ANA — ¡No prosigas, Manolo! ¡No podría! ¡Moriría antes!

MANOLO — ¿Pero qué misterio?

ANA — No me lo preguntes.

MANOLO — Pues entonces, ¿a qué callar el nombre del que causó la ruina del marido de usted? ¡Ya le ajustaría yo la cuenta! Sé cuánto a usted debo... Por sus cuidados me libré de pudrirme en el hospital, que es lo que más horror me causa. Antes iría a presidio.

ANA — ¡Oh! No digas eso.

MANOLO — En presidio sólo los tontos deben hallarse mal... Pero ¡cómo ha de ser! Si algún día puedo serle útil no tiene usted más que decirlo.

ANA — Lo sé, Manuel, lo sé.

MANOLO — ¡Caramba! Vuelve a nevar. Arrópese bien. No haga el diablo que lo que gane vendiendo lo pierda en salud.

ANA ¿Y tú?

MANOLO No se apure por mí. Llevo mi gabán. (El tapabocas.)

CIERVA (Apareciendo.) ¡Maldita nieve! Mejor será volverme a casa.

MANOLO ¿A tu casa ya? Pues a propósito.

CIERVA ¿Qué quieres?

MANOLO Sé de una muchacha que necesita colocación.

CIERVA ¿De veras?

MANOLO ¿Te conviene?

CIERVA ¡Ya lo creo! Y más ahora, que escasean estos negocios...

MANOLO Entonces no te alejes.

CIERVA ¡Adiós, Ana! (Vase.)

ANA ¡Adiós! ¿Qué le decías?

MANOLO ¡Nada! Que hace mucho frío... Pero aquí viene Carlos.

ESCENA II

ANA, MANOLO y CARLOS.

CARLOS ¡Madre!

ANA ¡Cómo! ¿Aún aquí? Yo te creía en casa.

CARLOS De allí vengo; pero como he sabido su nueva ocupación...

ANA ¿Qué iba a hacer si no?

CARLOS Cierto... Tiene usted razón sobrada. Pero los tiempos cambian, madre. ¡Ya tengo trabajo!

ANA ¿Ya?

CARLOS ¡Sí! Pregúnteselo a Manolo.

ANA ¡Cómo! Tú lo sabías y no me dijiste...

MANOLO Era preferible que él mismo le diera la buena nueva. Además, a cualquier cosa llama Carlos trabajo. Es algo más.

ANA No comprendo.

MANOLO Como que cuenta con un protector que va a hacer de él un hombre de provecho.

CARLOS ¡Sí! ¡Efectivamente!

ANA ¿Y no me decías?...

MANOLO Cuenta con la protección de don José Alsina, que le ha nombrado representante de su fábrica, con un sueldo más que regular. Seguramente por eso viene ahora a despedirse de usted.

ANA ¿A despedirse?

CARLOS ¡Sí! ¡Esta es la verdad!... Mañana parto.

ANA ¿A dónde?

CARLOS (¿Dónde le digo?...) Cerca... A Tarragona.

ANA Pero tan de repente...

MANOLO ¿Qué le hemos de hacer?... Los negocios son los negocios.

CARLOS ¡Cierto! Es imprescindible.

ANA Siendo por tu bien...

CARLOS ¡Sí, madre, sí!

MANOLO ¡Ya lo creo! Como que puede hacerse una posición independiente y hasta llegar a casarse con...

ANA ¿Con quién?

MANOLO ¡Qué! ¿Usted lo ignora? Pues chico, hay que decírselo.

CARLOS Pero...

MANOLO ¡No hay pero que valga!... ¡Nada! Que está loco de remate por una señorita, a la que sólo ha visto desmayada.

ANA ¿Desmayada?

CARLOS ¡Calla!

MANOLO ¿A santo de qué? Pues sí, una tarde se desbocaron los caballos que tiraban del coche de esa señorita, se desmayó ella, acudió Carlos, y el diablo hizo lo demás.

ANA ¿Y no me lo confiaste?

CARLOS ¿Pero qué quería usted que le dijera?

MANOLO Y por cierto que guardará por largo tiempo memoria del lance... La herida de su mano fué a consecuencia de un mordisco de uno de los caballos.

CARLOS ¡Vaya! Que no se hable más de eso...

El tiempo vuela y es preciso que me aleje... Hasta mañana, madre.

ANA ¿Vuelves a casa? ¿Quieres que vaya contigo?

CARLOS ¡No! No vuelvo a casa todavía; me queda algo que hacer.

ANA Pues deja que te acompañe.

CARLOS Como usted quiera. ¡Adiós, Manolo! (Vanse.)

MANOLO ¡Adiós!

ESCENA III

MANOLO, el ZORRO, vistiendo librea de lacayo, y MATEO.

ZORRO (Que estaba acechando junto con Mateo.) Manolo.

MANOLO ¡Ah! Vosotros.

ZORRO Todo va viento en popa.

MANOLO ¿Pero qué significa tu librea?

ZORRO Que nos salimos con la nuestra. Era conveniente tener inteligencia con alguno de la servidumbre de don Conrado, y héteme aquí convertido en su ayuda de cámara por recomendación de don Enrique de Galcerán.

MANOLO ¡Al grano! ¿Hay novedad?

ZORRO ¡Sí! Me dió orden don Conrado para que le aguarde aquí a media noche un coche de alquiler.

MANOLO Extraña orden, por cierto.

ZORRO Tendrá relación, sin duda, con los amores contrariados de mi nuevo amo... Creo que trata de raptar a su prometida.

MANOLO Esto complica el negocio.

ZORRO No lo creas... Además, esa señorita debe desaparecer al mismo tiempo que su novio. Recuerda las órdenes de don José. Ahora, en cuanto el coche...

MANOLO ¿Será el que guía éste? (Por Mateo.)

ZORRO Precisamente.

MANOLO Siendo así...

ZORRO ¡Sí! Todo irá a pedir de boca.

MATEO ¡Quién sabe! Los señoritos notarán, sin duda, que sigo camino distinto del que me indiquen, y van a promover un escándalo.

MANOLO Una vez dentro del coche quedarán a nuestra merced, y les impondremos silencio.

MATEO Pero un grito puede comprometernos.

MANOLO De un solo grito nadie hace caso, y no llegarán a dar el segundo. Además, a aquella hora nadie habrá por aquí que pueda estorbarnos. (Los serenos, que van a sus barrios respectivos, atraviesan la escena.)

MATEO ¿Y los serenos?

MANOLO ¡Bah! Esos avisan su proximidad cantando las horas, y...

MATEO ¿Pero el del barrio?...

ZORRO (Señalando al sereno que se supone del barrio, pues se queda en escena.) ¡Mira! ¿Ves?

MATEO Sí. (Un transeunte se acerca al sereno; con él cruza un apretón de manos, demostrando amistad íntima, y desaparecen los dos al poco tiempo.)

ZORRO Pues no te quiebres el magín... Todo está previsto.

MATEO ¡Ah! Ya comprendo.

ZORRO Ahora, separémonos, pues no hay que perder tiempo.

MATEO Voy por mi coche.

ZORRO Y yo, a ocupar mi puesto.

MANOLO Te acompaño.

ZORRO Como quieras. ¡Vamos! (Vanse.)

ESCENA IV

ANA; luego, CONRADO.

ANA ¡Se habrá el cielo apiadado al fin de mí! Si Carlos vuelve a la buena senda me quedan todavía días de dicha. ¡Ah! Si

don Pedro de Fonseca no hubiese faltado a su palabra empeñada no estaría yo viuda, y acaso contara con pingües riquezas... Al menos uno de mis hijos heredará lo que de derecho nos pertenecía... Pero si él sospechara que yo... ¡Ah, no! Para él sólo soy su nodriza... ¿Pero no es ilusión? ¡Es Conrado! ¿Qué le traerá aquí a estas horas y con esta noche?

(En efecto, ha aparecido Conrado. Busca a alguno y se apercibe de Ana.)

CONRADO ¡Ana!

ANA ¡Ah! ¡Señorito!

CONRADO ¿Conque es cierto cuanto acaban de decirme? ¿Cómo creer que hubieses llegado a ese extremo de miseria sin recurrir a mí?

ANA Perdone el señorito... Yo no quería importunarle.

CONRADO No fuera impertinencia recordarme mi deber para contigo. Pero es tiempo todavía. (Le ofrece algunos billetes de su cartera.)

ANA ¡Oh! ¿Qué hace usted? Guárdese ese dinero, que no puedo aceptarlo.

CONRADO ¿Qué te lo impide? ¿Qué es ese misterio de que te rodeas y que no acierto a desentrañar?

ANA Ese dinero abrasaría mis manos al tocarlo.

CONRADO No insisto, pues; pero me pesa haber tenido una decepción. ¿Cómo solicitar una merced de quien se obstina en no recibir las mías?

ANA ¡Oh! ¡En este caso, diga usted! Exija de mí lo que quiera. Le serviré de rodillas.

CONRADO ¿Cómo vas a servirme sin aceptar antes lo que te ofrezco? Para mi servicio necesitarás dinero.

ANA Con esta condición puedo aceptarlo, pero sólo lo estrictamente necesario.

CONRADO Necesitarás más de lo que crees; no te obstines, pues, en rehusarlo.

ANA Si así lo quiere...

CONRADO Toma. (Le entrega los billetes.) Oyeme, ahora; vengo en tu busca, pues sólo de ti puedo fiar. Como soy inmensamente rico, me creen dichoso los que no aciertan a comprender que el oro es, con frecuencia, un obstáculo para la dicha... Amo a una joven cándida y bella como los ángeles; pero se oponen a nuestra unión. Mi padre me impone un matrimonio que me repugna, y el de mi amada, sólo por razones de delicadeza extremada pone obstáculos a nuestra dicha.

ANA ¿Y qué piensa usted hacer?

CONRADO Mañana deben embarcarse ella y su padre para América, y por lo tanto, sólo dispongo de esta noche para raptarla.

ANA ¿Raptarla?

CONRADO En apariencia, pues tú quedarás guardando de su honra, mientras que Enrique Galcerán, el prometido de mi hermana, logre la reconciliación de nuestras familias respectivas.

ANA Pero esto es una locura... ¿Lo ha pensado usted bien?

CONRADO Estoy resuelto.

ANA Yo no sé si debo...

CONRADO ¿Qué mejor compañera para la mujer que amo?

ANA ¿Pero me asegura usted casarse después con ella, mientras sea digna de su cariño?

CONRADO ¡Oh, sí! ¡Te lo juro!

ANA ¡Pues fíe en mí! ¿Qué debo hacer?

CONRADO Al rayar el alba te dirigirás con ella a una torre sita en San Gervasio, cuyas señas voy a darte. (Escribe en su cartera.)

ESCENA V

Dichos y MANOLO.

MANOLO ¡Hola! ¿Ana con un señorito?... ¡Pero si es don Conrado!... Si pudiera... ¡Ah! ¡Aquí! Fingiré leer. (Sacá un periódico y lee a la luz de la farola, que le oculta.)

CONRADO ¡Estas son las señas! Oye ahora mis instrucciones. Ella, al salir de su casa, se dirigirá hacia aquí. A esta hora ninguna otra mujer habrá que venda aquí periódicos, por lo que no es probable que te confunda con otra. Se aproximará a ti, y te preguntará: —«¿Se llama usted Ana?» Y tú le contestarás: —«¿Es usted Amelia?» Acuérdate de su nombre.

ANA Lo recordaré.

CONRADO La conduces a tu casa, y en ella aguardaréis la hora del alba.

ANA He comprendido bien; pero usted, entre tanto...

CONRADO Yo la seguiré a corta distancia, por lo que pudiera ocurrir; pero no la acompañaré, pues temo el acecho de gente mercenaria, y vernos juntos daría que sospechar.

ANA ¿Y después?

CONRADO Después, ya seguro de que ella está contigo, subiré a un coche que debe esperarme aquí para conducirme a Moncada, donde esperaré los acontecimientos. Tú, en señal de que todo ha ocurrido conforme a mis deseos, clavarás en la nieve, al pie de la farola, ese porta-lápiz. (Al indicarle el sitio se fija en Manolo.) ¡Oh! ¡Lo que temí! Nos están acechando.

ANA (A Manolo.) ¿Qué hacías aquí?

MANOLO ¿Qué hacía? ¿Pues no lo ve usted? Estaba leyendo.

ANA Descuide usted, Conrado; éste es un amigo de confianza.

CONRADO Pues no te olvides del porta-lápiz. Esta señal me probará que no nos ha hecho traición. Adiós, Ana. (Vase.)

ANA Dios le guíe, don Conrado.

ESCENA VI

ANA y MANOLO.

MANOLO Por lo visto creyeron ustedes que les acechaba.

ANA Razón había para ello.

MANOLO Pues sólo he oído sus últimas palabras, y que usted le llamaba don Conrado... ¡Don Conrado!... Éste, según me dijeron, es el nombre del señorito a quien sirvió usted de ama de cría.

ANA Sí, en efecto...

MANOLO En lo que me he fijado, además, es en su rostro. ¡Qué parecido con Carlos!... ¡Vamos! ¿No es usted algo más que su nodriza? ¿No habrá algún misterio en todo eso?

ANA ¿Qué quieres decir?

MANOLO ¡No se haga la inocente! Cualquiera, al ver su semejanza con Carlos, va a dudar de que sean hermanos mellizos.

ANA ¡Pues te equivocas! Ese señorito es don Conrado de Fonseca, mientras que Carlos...

MANOLO ¿Qué nombre ha pronunciado? ¿Fonseca? Pues la cosa es clara.

ANA ¿Cómo?

MANOLO Que a cierto don Pedro de ese apellido, según se dijo, le substituyeron un niño en la cuna.

ANA ¡Oh! ¿Cómo sabes eso?

MANOLO Esa pregunta es una confesión. ¿En vez de desmentirlo pregunta cómo lo sé? Eso prueba que no es usted ajena a todo ello.

ANA Pero si yo no he dicho...

MANOLO Vamos, hablemos con franqueza. ¿Quién le asegura que algún día no corra don Conrado algún peligro? ¿Y si por casualidad pudiera yo evitarlo, nada haría si fuese usted sólo su nodriza, cuando daría por él mi sangre si fuese usted su madre.

ANA ¡Ah!... Manuel... ¡No!... ¡No puedo!

MANOLO Acabe usted, puesto que ya empezó.

ANA (¡Oh! Quién sabe si hoy...) ¡Haz cuanto puedas por él!

MANOLO Eso es como decirme...

ANA ¿Has dicho que darías por él tu sangre?

MANOLO Y no lo niego ni retiro la palabra.

ANA Entonces, pruébamelo.

MANOLO ¿Cómo?

ANA ¡Jurándolo!

MANOLO ¿Jurarlo? Pues bien, sí: ¡lo juro!

ANA Por la memoria de tu madre.

MANOLO ¡Sea! Por la memoria de mi madre.

ANA ¡Confío en ti! Me aparto de aquí por breves instantes. Si entre tanto... ¡No, queda tiempo todavía!... Vuelvo al momento. (Vase.)

MANOLO No me hubiera metido en mal aprieto a ser yo uno de esos papanatas que creen en la eficacia de los juramentos... Sin embargo, es lo cierto que a pesar de mi despreocupación ese juramento me hace daño... ¡Nada! Mejor hubiera sido no haber jurado... Si pudiéramos deshacernos de don Conrado sin matarle... ¡No! No hay manera de... ¡No es posible! Y lo más grave es que debe seguir la misma suerte esa señorita que... Don José arguye bien; ella tendrá sus secretitos con su novio, y ésos pudieran ser el hilo que condujera al ovillo... ¡Pero matarla... no! Eso es demasiado fuerte... ¡Ah! ¡Buena idea! Mi primera intención, corregida y aumentada, era la mejor... Por algo había yo prevenido a la Cierva, y

no andará lejos... ¡Ah! ¡Sí! ¡Ella es! ¡El infierno la conduce aquí!

ESCENA VII

MANOLO; LA CIERVA importunando a PEPE. Después, EL ZORRO, rondas de vigilancia, transeuntes, etc., etc.

PEPE — Le digo que Dios la ampare, que no importune.

CIERVA — ¡Ay, qué tacaño!

MANOLO — ¡Cierva, ven!

CIERVA — ¿Tú?

MANOLO — Sí, que no nos oigan. (Se apartan al foro.)

PEPE — ¡Otra conquista! Pues señor, me he ganado a pulso la fama de irresistible... Pero ¿por qué habrá elegido esa señorita tan pésima noche y este sitio para la cita?... No importa: la esperaré. (Oyese parar un coche.) ¡Calle! Ha parado un coche... Pero nadie se apea de él. Yo que creí... (Pasea por la escena.)

MANOLO — Vaya, Cierva, no hay tiempo que perder. Mira ya el coche de Mateo.

CIERVA — Vé sin cuidado.

MANOLO — Que el diablo venga en tu ayuda. (Vase la Cierva.)

ZORRO — (Acercándose a Manolo y a media voz.) ¡No te acerques al coche! No des que sospechar.

MANOLO — A tiempo llegas.

ZORRO — ¿Cómo anda eso?

MANOLO — ¡Como una seda! Sé la manera de deshacernos de la *chavala* sin *deshauciarla*.

ZORRO — ¿De qué modo?

MANOLO — Déjalo de mi cuenta. (Aparecen los del rondín.) ¡Diantre! ¡La ronda!

ZORRO — ¡Malhaya! ¡Habrán olido algo! Y, por si fuera poco, ¿qué espera ahí esa gente?... (Por algunos transeuntes que habían salido antes y forman grupo aparte.)

MANOLO — Esos van a detenerse poco tiempo.

ZORRO Pero don Conrado no debe tardar.
MANOLO ¿Y si no lográsemos...?
ZORRO ¡Quiá! Ni que se interpusiera nuestra madre.
MANOLO (Recordando su juramento.) (¿Nuestra madre?)
ZORRO ¿Qué te pasa?
MANOLO Pensaba cómo separar a don Conrado sin matarle.
ZORRO No hay otro medio.
MANOLO ¡Sí! Dices bien... No podríamos...
ZORRO ¡Apartémonos! (Se retiran al foro.)
PEPE ¡Caramba! Mi Dulcinea tarda más de lo regular. (Se fija en el grupo de transeuntes.) Pero, ¡calle! He aquí mis amigos de café... ¿Será eso una burla? ¡No! Vienen a presenciar mi audacia... Mañana seré el héroe de su conversación. (Pasea otra vez.)
ANA (Apareciendo.) Me he dado prisa en volver... No habrá pasado todavía... (Observa la escena.) ¡Ah! Allí a la luz del farol diviso una mujer. Se dirige hacia aquí... ¿Será ella?

ESCENA ÚLTIMA

Dichos. LA RUBIA; luego, LA CIERVA; más tarde, AMELIA; al poco tiempo, JERÓNIMO, y al final, EL SERENO

MANOLO Zorro, fíjate en aquella mujer. (Por la Rubia.)
ZORRO ¿Para qué?
MANOLO Vas a verlo. (La Rubia habrá salido por la derecha; por su porte se adivina en ella a una víctima de la trata de blancas. Se dirige a Ana.)
RUBIA ¿Se llama usted Ana?
ANA ¡Yo soy! ¿Se llama Amelia?
RUBIA ¡Sí! Vamos a donde sea.
ANA (Con extrañeza.) (Esa mujer es la prometida de Conrado...)
RUBIA No vacile usted... Deje el porta-lápiz en el lugar convenido.
ANA ¡Sea! (¡Ah! ¡Hijo mío! ¡Quiera el cie-

lo que no contribuya a tu desgracia!)
(Deja el porta-lápiz al pie de la farola.)

ANA ¡Vamos! (Vanse por la izquierda.)

MANOLO ¿Te has fijado?

ZORRO Sí.

MANOLO Pues ya está dado el primer paso.

ZORRO Pero esa gente no se aleja...

MANOLO ¡Ni los del rondín!

CIERVA (Sale por la derecha con periódicos.) *La Correspondencia,* que ha llegado de Madrid.

ZORRO ¿La Cierva vendiendo periódicos?

MANOLO Sí.

ZORRO ¡Ah! Ahora comprendo...

MANOLO ¿Qué te parece?

ZORRO Que sobra gente aquí, y don Conrado...

MANOLO (¡Ojalá no acuda!...) (Dan las doce.)

ZORRO ¡Las doce!

MANOLO (A no ser por éste...) (Por el Zorro.)

PEPE Si tarda algo más me retiro a llorar mi fracaso... ¡Pero no hay duda! ¡Ella es! (Se dirige a Amelia, que aparece por la izquierda, recatándose el rostro.) Señorita...

AMELIA Sírvase usted dejarme libre el paso.

PEPE (¿A que no es ella?)

MANOLO (Al ver que Amelia busca alguno en escena.) Observa ahora.

AMELIA (Después de fijarse en la Cierva y dirigirse a ella.) ¿Se llama usted Ana?

CIERVA ¿Es usted Amelia?

AMELIA ¡Sí! ¡Yo soy!

CIERVA Pues véngase conmigo.

AMELIA ¿Con usted?... (¿Esta mujer la nodriza de Conrado?)

CIERVA ¿Recela usted?

AMELIA Supongo que me conducirá a un hogar honrado.

CIERVA ¡Ya lo creo que sí, y muy honrado!... (¡Tú lo verás!) (Vanse por la derecha.)

ZORRO Eso nos ha salido a pedir de boca.

MANOLO Sí, pero lo demás...

ZORRO No confiemos.

MANOLO (¡Maldición! ¡Ya está aquí!)

CONRADO (Aparece por la izquierda y se dirige hacia la farola.) ¡Ah, el porta-lápiz! Amelia se ha encontrado con Ana.

ZORRO ¡Y no poder darle caza!...

CONRADO ¿Por dónde habrán ido?... Por esta parte no se las ve... (Por la izquierda.) ¡Ah!... Tal vez... (Desaparece por la parte indicada.)

ZORRO Si el diablo no viene en nuestra ayuda...

JERÓNIMO (Viste como el final del acto anterior. Le acompaña un agente. Se dirige a los de la ronda, y señalando a Pepe les dice:) ¡Ola! ¡Prendan a este buena pieza! Es uno de los autores del robo de la joyería Torruella.

PEPE ¿Yo? ¡Están en un error! Yo soy un hombre honrado.

JERÓNIMO ¡Lo veremos después! Ahora, sujetadle. (Los agentes se disponen a asegurar a Pepe.)

PEPE ¡No! ¡No me aten ustedes! Les seguiré de grado.

TRANSEUN. ¡Por Dios, señores! Que le toman por otro.

JERÓNIMO Eso no les incumbe a ustedes... Si quieren algo síganle al depósito.

TRANSEUN. ¡Sí! ¡Allí iremos! (Vanse los agentes conduciendo a Pepe. Los demás les siguen.)

JERÓNIMO (A su acompañante.) Que lo suelten antes de llegar. Lo conveniente era despejar la plaza. (Les siguen a distancia.)

ZORRO Esta es la nuestra. (Vuelve Conrado.)

MANOLO (Está de Dios.)

CONRADO ¿Por qué calle habrán ido? No sé qué temor me embarga... ¿Pero a qué este recelo? ¿No estaba en su sitio el porta-lápiz? ¡No debo temer! Ana velará por Amelia. Vamos al coche. (Vase.)

ZORRO A dentro con él.

MANOLO (¡Oh! ¿Qué hacer?)

ZORRO ¿Vacilas? No pareces el mismo que otras veces.

MANOLO ¿Quién? ¿Yo? ¡Bah! Verás como me porto. (Siguen a Conrado.)

CONRADO (Desde dentro, después de una pausa.) ¡Socorro!

¡ Favor ! (Otra pausa. Oyese arrancar el coche. Un reloj público señala un cuarto para la una. Sale el sereno, que viene algo achispado.)

SERENO Las doce y cuarto... ¡ Sere... (Recuerda que antes nevaba, por lo que no acaba de decir sereno. Tiende la mano para cerciorarse que en aquel momento no está nevando, y tambaleándose, sólo lo suficiente para que se note que está borracho, dice:) ¡ Nublado !

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Tres años después

Sala espléndidamente amueblada. Puertas al foro y laterales. Balcón o ventanas. Mesa escritorio, arca de guardar caudales, panoplias, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

MATEO, abriendo fraudulentamente una carta. Luego, ENRIQUE. Mateo, que, como los cocheros de aquella época, usaba patillas en los actos anteriores, en éste y en los restantes va completamente afeitado.

MATEO (Después de cerrar la carta, temeroso de que le sorprendan.) Lo que sospeché. Por lo visto, don José exprime aún el negocio por su cuenta prescindiendo de nosotros. Pero no ha contado con la huéspeda. Ya le enseyaré yo... Pero ¡alerta! Aquí está el amo.

ENRIQUE (Muy preocupado.) ¿El correo?

MATEO Acaban de traerlo.

ENRIQUE Retírate.

MATEO (Ahora me lo explico todo.) (Vase.)

ENRIQUE (Después de otra, abre la carta que leyó Mateo.) De don José. (La lee.) Esto es insoportable. Ese hombre quiere convertirme en su esclavo. Me avisa que vendrá a las diez, y que si no le recibo se presentará Conrado... ¡Conrado! Esto hubiera sido an-

tes la causa de la pérdida de mis ilusiones; hoy causaría mi ruina y mi deshonra.

ESCENA II

ENRIQUE y ANGELA.

ANGELA Enrique.

ENRIQUE ¡Ah! ¡Angela! ¿Qué quieres?

ANGELA Vengo en tu busca para que bajes conmigo al jardín.

ENRIQUE Eso en cuanto acabe...

ANGELA No admito demora. El día de hoy me pertenece. ¿Es que has olvidado que es mi cumpleaños? Por lo visto esto te importa poco, pues cuando debiera irradiar tu rostro la alegría andas, como siempre, taciturno y melancólico.

ENRIQUE ¡Mi Angela!

ANGELA ¿Qué ocurre? ¿Por qué ocultarme tus disgustos? ¿Tengo yo secretos para ti? ¿No te cuento mis penas?

ENRIQUE ¿Penas, tú?

ANGELA Sí, a causa de Conrado, de mi pobre hermano. ¿Qué habrá sido de él?

ENRIQUE ¿Serías más feliz si estuviera aquí?

ANGELA ¿Quién lo duda?

ENRIQUE Y no sería menor mi dicha, aun cuando pasase a ser suya la mayor parte de nuestros bienes, ya que sólo somos usufructuarios de su fortuna mientras no transcurran seis años de su desaparición. Esa fué la última voluntad de tu padre.

ANGELA ¿Pero qué importaría eso? ¿Acaso no nos queda mi parte de herencia?

ENRIQUE Sí, pero como no he estado afortunado en mis especulaciones...

ANGELA Me lo dijiste, pero con el usufructo de nuestras fábricas.

ENRIQUE Repito que la suerte no acompañó a mis

empresas, y si en esas circunstancias quedara en descubierto...

ANGELA ¡Me asustas!

ENRIQUE ¡No te alarmes! No llegaremos a tanto.

ANGELA Y en tal caso te quedaría siempre mi cariño.

ENRIQUE ¡Angela mía! (Va a pagarle su cariño, cuando un reloj de sobremesa da las diez.) ¡Las diez! (La hora en que ese miserable...)

ANGELA Cómo corre el tiempo... Y el ramo que cada día... Vamos, dame el brazo y bajemos al jardín.

ENRIQUE Como quieras. (Aparece Mateo.)

ESCENA III

Dichos y MATEO.

ENRIQUE ¿Qué ocurre?

MATEO Su agente de negocios solicita ser recibido.

ENRIQUE (¡Él!)

ANGELA Pues no le recibas. Díle que...

MATEO Dice que es caso de urgencia.

ENRIQUE Ya lo oyes, algo apremiante, sin duda. Acabaremos pronto.

ANGELA Sí, procúralo... No te hagas esperar mucho. ¡Adiós! (Vase.)

ENRIQUE Que pase este señor.

MATEO Ese señor esperará también, porque es preciso que espere.

ENRIQUE ¿No te he dicho que pase? ¿O es que te propones acabar con mi paciencia?

MATEO Sólo deseo que me oiga cuanto tengo que decirle.

ENRIQUE Bien, en cuanto acabe con ese caballero...

MATEO Entonces estaría ya dado el golpe de gracia, puesto que no es su agente el que le espera, sino...

ENRIQUE ¿Quién? Acaba.

MATEO ¡Su cómplice!

ENRIQUE ¡Mateo!

MATEO ¡Sí! Su cómplice, que viene a darle cuenta de algo que afecta a don Conrado.

ENRIQUE ¡Oh! ¡Calla!

MATEO Callar. Bonita manera de perder tiempo... Muy al contrario, ¡hablemos!

ENRIQUE ¿Qué te propones?

MATEO Sacar a usted del atolladero en que se ha metido. Don José viene a exigirle diez mil duros; deme usted a mí esa cantidad y estaremos corrientes.

ENRIQUE ¡Vete! ¡Sal de mi presencia!

MATEO Si no le pido al contado ese dinero; me lo entregará usted cuando se haya desligado de don José.

ENRIQUE ¿Qué quieres decir? ¿Es que hay manera de acabar con sus exigencias?

MATEO ¡Seguramente! Ahora empieza usted a comprender.

ENRIQUE Si así fuera...

MATEO Pues así es.

ENRIQUE En este caso, cuenta con la suma.

MATEO ¿En serio?

ENRIQUE ¡Palabra de honor!

MATEO Es lo que me basta; y sépalo usted: aun cuando don José le amenace con la vuelta de don Conrado, ése no volverá; los muertos no usan esas genialidades.

ENRIQUE ¡Cómo! Tú sabes...

MATEO Como que tomé parte en el negocio. Al pobre se le condujo hasta una barcaza que hacía el contrabando en la costa... ¡Eramos antiguos conocidos del patrón! ¡Valiente bruto! ¡El negrero de peores tripas! Él se hizo cargo de Conrado.

ENRIQUE Continúa.

MATEO No fueron muy caritativas las órdenes que se le dieron... Que en llegando a alta mar le amarraran a un galápago de plomo y le arrojasen al agua para que los peces acabaran la jornada.

ENRIQUE ¿Y se cumplió esa orden?

MATEO Las de esa especie se cumplen siempre; y tanto fué así, que un tal Manolo, el hombre de confianza de don José, embarcó también, a fin de que don Conrado no sobornara al patrón... Encargue usted que le canten un *requiescat*. Don Conrado descansa sus fatigas en el fondo del mar.

ENRIQUE Pero... ¿es eso cierto?

MATEO Se lo juro a usted.

ENRIQUE ¿Pero qué garantía?

MATEO ¿A qué viene esa palabra? ¿Garantía? ¿La quiere usted mayor cuando si aparece don Conrado yo no cobro un ochavo?

ENRIQUE ¡Confía, pues!

MATEO Claro que sí, porque usted no ha de faltarme impunemente a su palabra. ¿Digo a don José que pase?

ENRIQUE ¡Sí! Acabemos de una vez. (Vase Mateo.)

ESCENA IV

DON ENRIQUE y JERÓNIMO.

ENRIQUE Ahora estaremos frente a frente.

JERÓNIMO (Sale caracterizado como en el primer acto.) Ya sabía yo que me recibiría.

ENRIQUE Le recibo para oir una vez más sus locas pretensiones.

JERÓNIMO ¿Permite usted que me siente? Otras veces usted me lo indicaba.

ENRIQUE Otras veces usaba usted de mayor cortesía.

JERÓNIMO Uso siempre la misma.

ENRIQUE En fin, sea usted breve.

JERÓNIMO Lo seré. Como recordará usted, convenimos en que una vez don Conrado en mi poder le fuera respetada la vida; pero que hasta después de efectuado el matrimo-

nio de usted no le sería devuelta la ansiada libertad.

ENRIQUE ¡Sí! Efectivamente.

JERÓNIMO Pero como por cuestión de interés me indicó usted la conveniencia de que pasara algunos años en el *retiro,* que no apareciera su cuñado hasta que no tuviese usted la obligación de rendirle cuentas...

ENRIQUE ¡Sea más breve aún!

JERÓNIMO Cedí a sus deseos, previniéndole que los gastos que se ocasionaran correrían de su cuenta; pero a lo que veo, después de haber satisfecho religiosamendte durante tres años cuanto estipulamos, olvida hoy sus sagrados compromisos.

ENRIQUE Con personas de su ralea estoy relevado de cumplirlos.

JERÓNIMO Mil gracias por el concepto que le merezco, pero debo advertirle que se equivoca usted. Los lazos que nos unen no se rompen fácilmente. Antes se rompe el grillete del presidiario.

ENRIQUE ¿Qué puede usted contra mí? En mi poder el documento que cometí la imprudencia de firmarle, quedo a salvo de sus acusaciones.

JERÓNIMO ¿Pero quién le dice que parten de mí esas acusaciones? ¿Iba yo a perderme sólo por el gusto de perderle? ¡No! Otro se encargará de ello.

ENRIQUE ¿Otro?

JERÓNIMO Seguramente don Conrado.

ENRIQUE ¡Los muertos no acusan!

JERÓNIMO Pero sí los vivos, y don Conrado se cuenta entre su número.

ENRIQUE Estoy convencido de lo contrario, pues de ser así, se hubiera ya presentado.

JERÓNIMO Pues lo hará en breve. Observe usted.

(Va a la ventana y agita un pañuelo.)

ENRIQUE ¿Qué significa esto?

JERÓNIMO ¡Nada! ¡Que evoco a los muertos! Us-

ted asegura que don Conrado murió, y...

ENRIQUE ¡Salga usted inmediatamente!

JERÓNIMO Señor mío, vengo en representación del verdadero dueño de esta morada, y el administrador no es quien para arrojarme de ella.

ENRIQUE ¡Basta ya de osadía!

ESCENA V

Dichos. ANGELA; luego, MATEO.

ANGELA ¡Enrique! ¡Oh, qué sorpresa!

ENRIQUE ¡Angela!

ANGELA Subía por la escalinata del jardín, cuando he visto apearse de un coche...

ENRIQUE ¿A quién? ¡Acaba!

ANGELA ¡A Conrado! Corro a abrazarle. (Vase.)

ENRIQUE (¡Estoy perdido!)

MATEO (Saliendo.) Un caballero desea hablar con el señor.

ENRIQUE ¡Allá voy! (¿Qué es esto?) (Vase.)

JERÓNIMO (Disponiéndose a salir.) Yo, entre tanto...

MATEO ¡Un momento! A usted le conozco yo.

JERÓNIMO ¿Tú? ¿Tal vez servirías en casa del marqués de...?

MATEO No, por cierto.

JERÓNIMO O tal vez cuando estaba en la dirección de Seguros; en el Banco...

MATEO ¡Esto! De cuando estaba usted en el banco... de los acusados.

JERÓNIMO ¡Eh!

MATEO Y aun de otra parte mejor... De presidio.

JERÓNIMO ¡Ah! ¡Mateo! (Reconociéndole.)

MATEO Sí, Mateo; su cochero predilecto. No se sorprenda usted... He aprovechado algo de sus lecciones... También yo entiendo de disfraces.

JERÓNIMO (El diablo te confunda...) Y bien, ¿qué quieres?

MATEO Nada, por ahora... Después veremos...

Ya le buscaré a usted. Puede, pues, salir.

JERÓNIMO Por el jardín. Sería conveniente...

MATEO Pues vamos por allá. (Tú caerás en el garlito.)

JERÓNIMO (Lo que es esta vez no te me escapas.) (Vanse.)

ESCENA VI

CARLOS, en elegante traje de viaje. ANGELA, ENRIQUE y criados.

ANGELA ¡Oh, qué dicha, Conrado! ¡Cuánto te llorábamos creyéndote muerto! (Al criado.) Que nos sirvan algo, Tomás. (El criado les sirve pastas y vinos.) Al fin te vemos otra vez entre nosotros.

CARLOS ¡Sí, hermana mía! ¡Oh! ¡Qué grato placer experimento!

ANGELA ¡Y yo, qué feliz soy! Ven de nuevo a mis brazos.

CARLOS (En sus brazos.) (¡Es ella! La que yo salvé de una muerte segura... ¡La que yo amo! ¡Y es mi hermana!)

ANGELA ¿Pero qué te pasa? Parece que te propones imitar a Enrique en estar triste, meditabundo...

CARLOS ¿Yo? ¡No! Pensaba...

ANGELA ¿En papá, sin duda?

CARLOS Sí, efectivamente. ¿Cómo no está entre nosotros?

ANGELA ¡Pobre papá! Hace ya más de un año que murió.

CARLOS ¡Murió! (Finge enjugarse los ojos.)

ENRIQUE (Que le observa.) (Pero este hombre no llora.)

ANGELA ¿Y tú? ¿Cómo has estado tanto tiempo apartado de nosotros? ¿Qué te ocurrió, Conrado?

CARLOS Algo inaudito, extraordinario... Pero no hablemos de ello... Hay cosas que son para olvidarlas. ¿No eres de mi parecer, Enrique?

ENRIQUE ¿Yo? ¿Y qué sé? (¿Sospechará?) Pero acaso tengas razón... ¡Ea! ¡Brindemos a tu vuelta feliz! (Llenan los vasos y brindan.)

ANGELA ¡Ah! ¡Qué día tan hermoso el de hoy!

CARLOS ¿Hermoso?

ANGELA ¿La ausencia te ha quitado la memoria. ¿Ignoras que hoy es mi cumpleaños?

CARLOS ¡Ah, perdona el olvido! Pero hay que festejar mi vuelta y ser tus días... Daremos un baile, en el que serás la reina de la hermosura.

ANGELA ¡Querido hermano!

CARLOS ¿Qué os parece?

ENRIQUE Que es una idea excelente para presentarte a los amigos, y aunque sin tiempo casi para preparar le fiesta, se celebrará. Con dinero se logra todo.

CARLOS Pláceme oirte, pues eso me demuestra que han aumentado mis rentas bajo tu dirección.

ENRIQUE Así es, en efecto.

CARLOS ¿Las fábricas?...

ENRIQUE Compitiendo con los productores extranjeros. Lástima que el que inventó nuestra maquinaria...

CARLOS ¿Qué?

ENRIQUE Que se suicidó... ¿No lo recuerdas?

CARLOS ¡Sí! Lo que se me olvidó es cómo se llamaba.

ENRIQUE Rovira... Ramón Rovira.

CARLOS (El marido de Ana... ¿Qué significa esto?)

ANGELA ¡Pobre Ramón! Se suicidó porque papá, en un momento de obcecación, le negó su parte en los negocios, según parece que convinieron.

ENRIQUE Pero esto no consta en ninguna parte.

ANGELA ¡Oh, sí! ¡Consta!

ENRIQUE Se habló de un contrato privado, pero que papá no llegó a firmar.

ANGELA ¿Y si lo hubiese firmado antes de morir?
ENRIQUE ¡No es posible!
ANGELA Pues sí, y yo soy la depositaria de esa escritura, que debía salir a luz si Conrado hubiese tardado seis años en volver.
ENRIQUE ¿Y no me habías dicho nada?...
ANGELA Perdona, Enrique... Tal vez fuí injusta contigo, pero temí...
ENRIQUE ¿Entonces, la mitad de las ganancias, junto con los intereses devengados, hubieran sido para Ana?
CARLOS Y de ella serán, en efecto.
ENRIQUE ¡Conrado!
CARLOS ¡No quiero lo que no me pertenezca! (¡Ella me sirvió de madre!... Así pago sus cuidados.)
ENRIQUE (¡Si pudiera quedarme solo!...) ¿Quieres que bajemos al jardín?
CARLOS Me es igual.
ENRIQUE Daremos por él un paseo.
ANGELA Y por cierto que ha de sorprenderte agradablemente.
CARLOS Pues vamos.
ANGELA Se conservan aún las plantas exóticas que eran tu pasión.
CARLOS (¿Cuáles serán esas plantas?)
ANGELA Dame el brazo, Conrado.
ENRIQUE Id, ya os sigo. (Vanse.)

ESCENA VII

MATEO; luego, ENRIQUE.

MATEO ¡Ja, ja, ja! Buena trastada para don Enrique a no reconocer yo a Carlos en el supuesto Conrado... Pero ¡calle! Vuelve el amo. (Queda al paño.)
ENRIQUE He hallado manera de alejarme sin despertar sospechas... ¡Ah! ¡Qué contratiempo!... ¡No! No hay otra solución. Si Conrado se obstina en satisfacer a

Ana lo que dice pertenecerle, el desfalco se descubre inevitablemente, y yo no puedo vivir con la amenaza de la deshonra. Don José tendió bien sus redes. Mi salvación está en sus manos... ¡Sí! Sólo él puede... Pero ¿y si se niega, después de lo ocurrido... ¡Oh! Si se niega... ¡Estoy resuelto! Su vida o la mía. (Saca una caja del escritorio.)

MATEO (Bien hacía velando por mis diez mil duros... Esa es la caja de las pistolas... Torpe he sido en no pedirle veinte mil...)

ENRIQUE (Después de sacar de ella una pistola vuelve la caja a su sitio.) ¡Ahora, valor! (Guarda la pistola y se dispone a salir.)

MATEO ¿Quiere el señor oirme un momento?

ENRIQUE ¡Mateo! (Con ira.)

MATEO No se enfade conmigo. Vengo sólo a recordarle...

ENRIQUE ¿A recordarme? ¿Conque después del engaño pretendes aún...?

MATEO ¿Engaño?

ENRIQUE ¡Sí! Tú afirmaste que don Conrado había muerto.

MATEO ¡Ya lo creo! ¡Y bien muerto está!

ENRIQUE ¡Miserable!

MATEO Convénzase el señor, de que si se engaña no es por mi culpa.

ENRIQUE ¿Qué quieres decir con eso?

MATEO Que ese caballero no es don Conrado. Es, sí, muy parecido a él, pero esto no basta.

ENRIQUE ¿El engaño otra vez?

MATEO Como si no conociera yo a ese intruso... Verdad es que se ha pulido mucho... Si le hubiese conocido usted cuando frecuentaba el cafetín de la calle de Ginjol. (1)

ENRIQUE (¡Oh! ¡Qué rayo de luz! Allí le vi yo.)

MATEO ¡Silencio! La señora.

---

(1) Si la representación no es en Barcelona, nómbrese otra calle: la de Tapias, por ejemplo, o la del Olmo.

ESCENA VIII

Dichos y ANGELA.

ANGELA ¡Enrique! Te esperamos.

ENRIQUE ¡Angela!... ¡Oyeme! Creo que somos víctimas de una infamia, pues sospecho que este que dice ser tu hermano no sea más que un impostor.

ANGELA ¡Enrique!

ENRIQUE Ruega por Conrado, que debió morir el día mismo de su secuestro.

ANGELA ¿Y quién te asegura?...

ENRIQUE Mateo ha reconocido a ese miserable.

MATEO Así es, señora. Su nombre es Carlos, y hay algo que no me deja dudar de su identidad. ¿Se han fijado ustedes en la cicatriz de su mano derecha?

ANGELA ¿Una cicatriz?

MATEO Sí, señora; pues es a consecuencia de un mordisco de un caballo.

ENRIQUE ¿Pero a qué viene?...

MATEO Es un joven valiente, y para que los señores juzguen de su arrojo les referiré la causa de su herida. Era un día de Navidad; venía por el paseo de Gracia un coche con los caballos desbocados.

ANGELA (¡Cielos!)

MATEO El cochero había sido despedido del pescante y el coche hubiera rodado a la Riera de Malla, a no ser por ese mozo, que, con grave riesgo de su vida logró contener a los caballos.

ANGELA (¡Él!)

MATEO Y lo mejor del lance es que se enamoró perdidamente de la señorita que ocupaba el carruaje, y tanto es así, que...

ANGELA ¡Oh! ¡Basta!

ENRIQUE ¿Te convences, al fin?

ANGELA Aun no, Enrique.

ENRIQUE Pues vas a convencerte cuando regrese de hablar a don Gabriel, el fiscal.

ANGELA ¿Qué te propones?
ENRIQUE Sé lo que debo hacer; vente conmigo, Mateo.
MATEO (¿A que no me olvida, ahora?)
ENRIQUE (Doblo la suma.) (Aparte los dos; vanse.)

ESCENA ÚLTIMA

ANGELA, EL CRIADO. Luego, ROQUE.

ANGELA ¡Dios mío! ¿Qué hacer? ¡Ah! ¡Qué idea! Conrado. (Al correr en su busca aparece el criado.)
CRIADO Señora.
ANGELA ¿Qué quieres?
CRIADO Roque, el cochero, viene a recibir órdenes.
ANGELA (¡Ah!) Díle que pase. (Vase el criado y aparece Roque.)
ROQUE (Es ya anciano.) ¿Señorita?
ANGELA No enganches. (Roque va a retirarse.) Espera. ¿Te acuerdas del día en que, hace tres años, se desbocaron los caballos en el paseo de Gracia, cuando corrí peligro de muerte?
ROQUE ¡No lo recuerde la señorita! ¡Estuve torpe! Fué un día aciago.
ANGELA Tú sabes, sin duda, quién fué el arrojado joven que evitó la catástrofe.
ROQUE Señorita, yo...
ANGELA ¡Debes saberlo! ¿A quién, si no, entregaste mi gratificación?
ROQUE Perdone la señorita. Aquel dinero fué para los pobres.
ANGELA No te comprendo.
ROQUE Su salvador no necesitaba de remuneraciones.
ANGELA ¡Cómo no, siendo un obrero!
ROQUE ¡En apariencia! Diré la verdad toda a la señorita. Yo, como recordará, había caído del pescante, si bien pude llegar hasta

donde había quedado el carruaje en el momento en que la multitud se llevaba, no sé si herido, al valeroso joven; pero tuve tiempo para reconocerle... Era el señorito.

ANGELA ¡Él! ¿Y no me dijiste?...

ROQUE No debí callarlo; pero recuerde la señorita las circunstancias. El señorito tenía amoríos muy a disgusto del padre de ustedes. Entonces vestía traje de obrero, lo que me demostró que no quería ser conocido.

ANGELA Pero debiste advertirme...

ROQUE Creí deber mío consultarlo al señorito; pero se obstinó en negar su participación en el suceso, y opté por callar.

ANGELA ¡Basta! Puedes retirarte. (Roque saluda y vase.) ¡Oh! ¿Qué hacer? ¡Terrible dilema! Pero, sea o no mi hermano, debo librarle a toda costa... Él salvó mi vida a riesgo de la suya... Sé cuál es mi deber. El cielo es quien me inspira.

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La vuelta al hogar

Otro salón. Puertas al foro y laterales. En lugar conveniente, una hornacina con la imagen de la Virgen. Un espejo a la derecha. Durante el acto óyense los acordes de una orquesta.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE, MATEO; luego, ANGELA.

ENRIQUE ¿Está todo preparado?

MATEO Sin olvidar el menor detalle.

ENRIQUE ¿Sabes la consigna ?

MATEO A los que vengan de parte del juez...

ENRIQUE Los conduces por la escalera interior hasta ese aposento. (La del segundo término izquierda.)

MATEO ¿Y en cuanto a Carlos?

ENRIQUE Procura que no sospeche nada, para que más fácilmente...

MATEO Comprendo (Sale Angela.) ¡La señora !

ENRIQUE Retírate. (Vase Mateo.) Angela.

ANGELA ¿Conque estás dispuesto a entregar a ese desgraciado a los tribunales?

ENRIQUE ¿Desgraciado le llamas, cuando seguramente a no ser por él tu hermano estaría entre nosotros?

ANGELA ¿Y si fuera, a su vez, víctima de una maquinación odiosa?

ENRIQUE Los tribunales lo pondrán en claro. El juez espera ya : hay que dejarlo a su arbitrio.

ANGELA ¡Enrique ! (Música dentro.)

ENRIQUE El baile empieza. En el salón esperan.

ANGELA ¡Oh, por piedad!

ENRIQUE Acuérdate de tu hermano. Hasta ahora. No tardes. (Vase.)

ANGELA No hay salvación para él. Enrique no cede. Si le dijera que soy yo la mujer a quien salvó la vida... ¡No! Enrique sabe que se enamoró de ella, y celoso, sin duda... Empeoraría acaso la situación... ¡Oh! ¿Qué hacer? ¿Qué partido tomar? (Sale el criado anunciando.)

CRIADO Ana, la que fué la nodriza del señorito, solicita verle.

ANGELA Que pase, y avisa a mi hermano que aquí le esperan. (Vase el criado.) ¡Esa mujer será su tabla de salvación! (Vase.)

ESCENA II

ANA, introducida por EL CRIADO. Luego, CARLOS.

CRIADO Sírvase aguardar. Avisaré al señorito.

ANA ¡Por fin le vuelvo a ver! Él aquí, y Carlos, dichoso en Tarragona. ¿Puede haber otra madre más venturosa?... ¡Un espejo! (Se mira en él.) ¡Cuánto he envejecido!

CARLOS (Saliendo.) (¡La que fué mi nodriza! ¿A qué vendrá esa mujer, con quien no contábamos?... La astucia me valga. (Al verla en el espejo.) ¡Es Ana! Conque ella misma fué la que me substituyó por su hijo en la cuna?... Disimulemos. Ana.

ANA ¡Ah! ¡Don Conrado! ¡Cuando todos llorábamos su muerte!... ¡Qué grande es mi alegría al volverle a ver!... ¡Cuánto debe usted haber sufrido!

CARLOS ¡Mucho..., mucho! Pero no me hables del pasado... Me encanta el porvenir.

ANA Dice usted bien. ¿A qué hablar ahora de...? Y tanto más cuando todo ello pudo ser providencial.

CARLOS ¿Providencial? No te comprendo.

ANA Sí, porque usted a estas horas estaría casado con... No quisiera decírselo, pero es preciso.

CARLOS ¡Habla, pues!

ANA Aquella mujer que me confió, y que debía ser su esposa, no era digna de usted.

CARLOS ¿Aun piensas en eso? Aquello fué una ráfaga de amor pasajero.

ANA Pero...

CARLOS No obstante, agradezco tu celo, y ruego que no te ofendas si te dejo... Los invitados extrañarían mi presencia y... Mañana nos veremos otra vez, y podré dedicarte mayor espacio de tiempo.

ANA ¿Mañana?...

CARLOS Como ésta es hora tan poco a propósito para...

ANA Voy a retirarme; pero quisiera antes...

CARLOS ¿Qué?

ANA Estrechar su mano... Hace tanto tiempo que...

CARLOS Tienes razón; perdona si...

ANA ¿Me permite usted besarla?

CARLOS Ana...

ANA (Fijándose en la cicatriz.) ¿Pero qué es eso? ¿Me engañan mis ojos, o...

CARLOS ¡Acaba!

ANA ¡Esa cicatriz!... ¡Oh! No me cabe duda... ¡Carlos!

CARLOS ¡Oh! (Receloso.)

ANA ¡Ah! ¡Tu turbación te vende!

CARLOS ¡Ana! ¡Por Dios!

ANA ¡Ana! Qué poco sabes tú el mal que me causa este nombre en tus labios... ¿Por qué no me llamas madre?

CARLOS ¡Oh! ¡Cállese usted!

ANA ¡Sí, callaré! Yo no quiero tu perdición, pero reniego de ti.

CARLOS ¡Oh!

ANA ¿Qué hiciste de Conrado?

CARLOS ¡Acabemos de una vez! Sé la infamia de

que me hizo usted víctima... Usted no es mi madre. Su hijo de usted es el que ocupaba mi puesto... Yo soy Conrado de Fonseca.

ANA ¡Oh! ¡Calla! ¡No lo digas!

CARLOS ¿Le extraña a usted que haya descubierto su infamia? No había allí ningún testigo... Sólo dos niños de maravilloso parecido... Heredero el uno de la inmensa fortuna; el otro, hijo de usted... ¡Sí! Su hijo, del que trocaba usted la suerte al trocar la cuna...

ANA ¡Ah! No fué así.

CARLOS ¡No fué así, pero fué!... Usted dirá cómo.

ANA Ven conmigo y te lo diré todo.

CARLOS No saldré de aquí sin saberlo antes.

ANA Si advierten...

CARLOS ¡Nadie nos acecha! ¡Hable usted! ¡Lo exijo!

ANA ¡Ya que así lo quieres, sea! El desaparecido era tu propio hermano; el verdadero Fonseca murió en la cuna.

CARLOS ¿Y usted lo substituyó?

ANA ¡No! Lo substituyó su misma madre... Yo no era la nodriza. Os criaba a ti y a tu hermano..., ¿cómo admitir un tercero?

CARLOS ¡Es verdad! ¡Siga usted!

ANA Don Conrado, el heredero de los Fonseca, murió en la Garriga, mientras su padre estaba en América, y como la muerte del pobre niño comprometía sagrados intereses, la infortunada madre creyó deber suyo ocultarla hasta a sus próximos parientes. Esto fué cosa fácil en los primeros momentos, pues en aquella población los Fonseca eran desconocidos; pero debía buscarse otro niño que ocupase el lugar del muerto, y se me propuso la substitución. Dudé, no obstante, pero al fin, creyéndolo un medio que me depara-

ba la suerte para que uno de mis hijos heredara la inmensa fortuna que en parte nos había sido usurpada, acepté, rehusando para mí cuanto me ofrecieron, pues aquel dinero hubiese abrasado mi mano como fruto de un crimen... ¡Antes preferí mil veces la miseria!

CARLOS ¿Y don Pedro, ignoró la ocurrido?

ANA ¡No! Su esposa se lo reveló a su llegada a Barcelona.

CARLOS ¿Y aprobó lo hecho?

ANA Le fué preciso. La muerte de Conrado comprometía su fortuna. Por eso era doña Angela la heredera universal de don Pedro, si bien éste, después, en descargo de su conciencia, que le acusaba de la muerte de tu padre, varió el testamento.

CARLOS (Después de un instante de reflexión.) ¡Sí! ¡Así debió ser! De otra manera no se explica nuestro extraordinario parecido...

ANA ¿Dudas aún?

CARLOS ¡No! ¡Ya no dudo!

ANA Vente conmigo, pues.

CARLOS Lo prometí y cumplo mi palabra. (Agita una campanilla. Sale Mateo.) Mi gabán; mi sombrero.

MATEO ¿Va a salir el señorito?

CARLOS Sí. (Mateo sonríe maliciosamente y vase.)

ANA Salgamos de aquí, donde nunca debiste entrar.

MATEO (Sale con el gabán y sombrero pedidos.) El gabán... ¿Quiere el señorito que enganchen?

CARLOS ¡No! Puedes retirarte. (Vase Mateo.)

ESCENA III

CARLOS, ANA y ANGELA. Luego, ENRIQUE y MATEO.

CARLOS ¡Cuando usted quiera! ¡Vamos!

ANGELA (Apareciendo.) ¿Vas a salir, Conrado?

CARLOS ¡Sí! Ana me dice...

ANGELA Pues no es por ahí por donde debe usted salir.

CARLOS ¡Ese lenguaje!...

ANGELA Omitamos palabras: usted no es mi hermano. Usted usurpa su derecho civil, cuyo delito la ley castiga con el presidio.

CARLOS ¡Cielos!

ANGELA ¡Abandone esta casa! ¡Aun es tiempo! Dentro de poco no le será posible...

CARLOS ¿Huir?

ANA ¡Ah, hijo mío!

ANGELA (Con extrañeza.) ¿Hijo le llama?

ANA Ya lo ha oído usted. Le llamo hijo, y él me hace feliz llamándome madre... Es tanta su semejanza con su hermano de usted, a quien con mi sangre...

ANGELA ¡Bien, basta! No perdamos tiempo. He aquí la llave del jardín; tómela usted y que el cielo le proteja.

ANA ¡Ah, sí! ¡Vamos! (Enrique y Mateo están al paño.)

CARLOS Señora, sabiendo que no me pertenece el nombre de Fonseca saldré de aquí, pero no huyendo como un miserable. Soy yo ahora quien reclama la presencia del juez... Yo nombraré a todos cuantos anhelaban comerciar conmigo. Yo creí ejercer un derecho, pero visto mi error, no saldré de aquí bajo el peso de una acusación... ¡Quiero antes vindicarme! (Enrique avanza. Mateo desaparece.)

ANA ¡Oh, sí!

ANGELA Ahora reconozco...

ENRIQUE Lo que yo debo a mi vez reconocer.

ANA ¡Ah! ¡Enrique!

ENRIQUE ¡Esta es mi mano! (Tiéndela a Carlos, que la estrecha entre la suyas.)

CARLOS ¡Oh! ¡Gracias!

ENRIQUE Queda, pues, vindicado para con nosotros; pero si en algo estima el sosiego de esta casa no intente nada por esclarecer los hechos.

ANGELA Estas palabras, Enrique...

ENRIQUE Sé lo que me digo. Además, se crearía

usted tantos enemigos, que acabarían por aniquilarle. (Así me salvo.)

CARLOS Al darme usted la mano me probó que creía en mi caballerosidad.

ENRIQUE Y así es, en efecto.

CARLOS Pero no lo demuestran sus palabras.

ENRIQUE ¿Qué se propone usted? ¿Acusar a otros del delito en que se le ha cogido *infraganti?* ¿Lo ha reflexionado usted bien? Piense que para acusar son necesarias pruebas.

CARLOS Es verdad.

ENRIQUE (¡No las tiene!) Adopte mi consejo: salga por el jardín, y que Ana le acompañe. Por ella sabré su residencia, y sea ésta la que fuere cuente usted con mi amistad.

CARLOS ¡Oh! (No convenciéndose aún.)

ENRIQUE Además, esto se arreglará como en familia, y...

ANA ¡Carlos! (Suplicándole.)

ENRIQUE Piense que no le queda tiempo que perder.

ANGELA ¡Oh, sí! Yo se lo suplico.

CARLOS (Después de reflexionarlo.) ¡Señora, partiré!

ANGELA ¡Oh! ¡Gracias!

ENRIQUE (¡Por fin!) (Va a observar a la segunda de la izquierda.) (El juez lo habrá oído todo.) (Queda algo apartado.)

ANGELA (A Carlos.) (Esté seguro de que nunca olvidaré que me salvó la vida.)

CARLOS ¡Oh!

ANA (¡Era ella!)

ANGELA Modérese usted.

ENRIQUE (Volviendo al grupo.) No infundamos sospechas, ¿Creo que habrá usted comprendido?...

CARLOS ¡Sí!

ENRIQUE Parta usted pronto.

ANA (Pobre hijo mío.) (Carlos vacila aún, pero al fin va a salir por la derecha.)

ENRIQUE ¡No! Por allí...

CARLOS ¡Es verdad! Vámonos, madre. (Salen precipitadamente.)

ENRIQUE (¿Madre, la llama?... Es que caso... ¡Ah!... Yo lo sabré...)

ANGELA Enrique.

ENRIQUE Ya has visto... No he sido rencoroso.

ANGELA ¡Oh! ¡Gracias!

ENRIQUE ¡Vamos al salón! (Vanse.)

ESCENA IV

MANOLO y EL CRIADO.

MANOLO (Viste a la americana; usa jipijapa.) Déjate de cumplidos... Cuando te digo que soy amigo de la familia...

CRIADO Pero comprenda que sin decirme su gracia...

MANOLO ¡Mi gracia! Pues en valiente aprieto me pones... No sabría cual escoger, pues tengo muchas. Conque ya lo sabes... Aquí me quedo hasta que llegue el amo. (Se sienta.)

CRIADO El señorito está en el salón.

MANOLO ¿Qué dices? Que está en el... ¡Vaya! Puedes ir a tus quehaceres.

CRIADO Pero...

MANOLO Cuando digo que... ¡Pero ya caigo! ¿Temes echar después algo de menos? ¡Puedes irte confiado!... ¡Palabra de honor!

CRIADO Entonces avisaré...

MANOLO Avisa al diablo aunque sea. Somos buenos amigos. (Vase el criado.)

ESCENA V

MANOLO, luego MATEO.

MANOLO Pues señor, don Conrado quedará contento de mí... (Música dentro.) ¡Anda! Están de fiesta, y no cuentan con este convidado llovido del cielo. ¡Ea! Preparémonos. Alguien viene. (Se asea con petulancia.)

MATEO (Saliendo con el criado, que se retira.) ¿Es usted quien desea hablar con los señores?

MANOLO A ellos, sí; pero no a un pillo como tú.

MATEO ¡Manolo!

MANOLO ¡Nos hemos reconocido! ¡Chócala!

MATEO (Después de observar por la cerradura de la segunda puerta izquierda.) (Ya salió el juez.) (A Manolo.) ¿Quién pensara verte por aquí?

MANOLO ¡Eso digo yo! El mismo demonio no creyera hallarte en esta casa.

MATEO Ya sé a lo que vienes.

MANOLO ¿Estás seguro?

MATEO ¡Claro que sí! De algo ha de valernos el ingenio... Vienes a que don Enrique te pague el haberte embarcado a fin de que el patrón de marras cumpliera su palabra de echar el pato al agua. ¿No es eso?

MANOLO ¡Eso! Precisamente eso, a no ser todo al revés de cuanto has dicho.

MATEO Manolo.

MANOLO Para que lo sepas: don Conrado está en Barcelona.

MATEO ¡Don Conrado en Barcelona! Entonces es que nos has vendido.

MANOLO ¡Eso sí que no! ¿Cómo podía venderos si ni de balde os querría nadie?

MATEO ¿A qué viniste, pues?

MANOLO A prevenir a doña Angela, a fin de que la sorpresa... ¿Entiendes? ¿Por dónde anda don Enrique? ¡Pronto! Don Conrado no debe tardar.

MATEO ¿Pero es eso cierto?

MANOLO ¡Y tan cierto! Yo mismo dí al patrón la orden de que no le matara...

MATEO ¡Manolo! (Amenazador.)

MANOLO ¡Eh! ¡No te precipites!

MATEO ¿Y nos delatarías, sin duda?

MANOLO A ninguno de nosotros. En cuanto a don Enrique, el caso era diferente. Además, alguno debía pagar los platos rotos... Pero no temas; don Conrado, por no afli-

gir a su hermana y por no comprometerme, no dirá esta boca es mía.

MATEO (¡Ah! ¡Buena idea!) Siendo así... Sin embargo, ¿sabes lo que haría, en tu lugar?

MANOLO ¿Qué?

MATEO Tratar a la vez con don Enrique. Lo que importa es exprimir del todo esa naranja.

MANOLO No está mal pensado.

MATEO Si te resuelves a ello, yo te llevaré a su presencia; pero debes acceder a todo cuanto se te proponga.

MANOLO ¡Accedo! ¡Anda, acompáñame!... (Así sabré de qué se trata.)

MATEO ¡Vamos, pues! (Ahora, mis veinte mil duros no corren tanto riesgo.) (Vanse.)

ESCENA VI

CONRADO y EL CRIADO.

CONRADO ¡Pero es extraordinario lo que usted me dice!

CRIADO No es de extrañar, señorito; pero como ignorábamos que hubiese usted salido.

CONRADO ¿Salido yo, que hace ya tres años que falto de esta casa y que ésta es la vez primera que vuelvo a ella?

CRIADO (¿Si se habrá vuelto loco?...)

CONRADO ¿Sabe usted si la señorita está preparada para recibir la nueva de mi vuelta al hogar?

CRIADO ¡Seguramente! (Pues señor, lo dicho.) Con su permiso pasaré recado.

CONRADO Vaya usted sin demora. (Vase el criado.) ¡Por fin estoy entre vosotros, recuerdos de mis mejores días! He sabido la muerte de mi padre al llegar de nuevo a Barcelona. ¡Ah! ¡No haber podido cerrar sus ojos!... Eso y el recuerdo de que Enrique me hizo traición... Con todo, fué por salvar a su padre de la ruina y quizás de la muerte... Dios quiera que pue-

da aún perdonarle... Aquí está Angela. (Va a recibirla.)

ESCENA VII

CONRADO y ANGELA.

ANGELA ¿Qué significa su presencia aquí otra vez? ¿Por qué ha vuelto?

CONRADO ¡Angela!

ANGELA ¿Qué quiere usted? Dígalo, pero sea breve.

CONRADO ¿Qué quiero? ¿Que sea breve? ¿Es esto un sueño?

ANGELA ¡Carlos!

CONRADO ¿Carlos, dijiste? ¿Tanto es tu despego hacia mí que ni mi nombre recuerdas? ¡Carlos!... ¿Es que desvarío?... ¡No! ¡Tú eres Angela! Esta es la casa donde nací... Esta la imagen ante la que aprendí a rezar... ¡Ah! ¡Por piedad, hermana mía!... ¿Por qué no me recibes en tus brazos? ¿Por qué no me pagas con el tuyo mi cariño?

ANGELA No ignora usted cuanto hice por salvarle; pero si el amor que en mal hora le inspiré...

CONRADO ¿Pero qué dices, desdichada? Mi razón o la tuya se extravía. ¡Oh! ¡Por Dios! ¡Angela, vuelve en ti! ¿No me reconoces? (La coge de la mano.)

ANGELA (Desasiéndose de él.) ¡Suélteme usted!

CONRADO Soy yo, Conrado, que vuelve a vosotros después de tan larga ausencia... Soy aquel a quien nuestra madre te recomendó al morir... ¿No lo recuerdas? «Si huérfanos quedáis—nos dijo—vela por ella, Conrado; y tú, Angela, tenle por guía, pues hasta estar casada, él debe ser para ti el único amparo.»

ANGELA ¡Oh! Estas palabras...

CONRADO ¿También las olvidaste? ¡Dios mío!

(Junta sus manos en ademán de implorar al cielo. Angela se fija en ellas.)

ANGELA ¡No las olvidé, no! Por ellas te reconozco. ¡Conrado!

CONRADO ¡Hermana mía! (Abrázanse.)

ANGELA Perdona si dudé un momento. ¡Ah! Si supieses... ¡No! Después te diré... Ahora, que Enrique, que todos... Voy en su busca.

CONRADO ¡No! ¡A Enrique, no! Nada le digas.

ANGELA ¿Por qué no, hermano mío?

CONRADO ¿Por qué?... Porque nos robaría estos instantes de dicha que quiero sólo para mí.

ANGELA Tiempo habrá para todo.

CONRADO Cierto, pero... (Música dentro.)

ANGELA Deja que vaya.

CONRADO Vé si quieres; pero antes, dime: ¿qué objeto tiene esta fiesta?

ANGELA ¿Qué objeto tiene?... (Titubea.)

ESCENA VIII

Dichos y MANOLO.

MANOLO Celebrar el cumpleaños de la señora.

ANGELA ¿Quién es ese hombre?

CONRADO Es un amigo al que debo la vida.

ANGELA ¡Oh! ¡Gracias, caballero!

MANOLO No me dé usted las gracias, señora... Dáselas a... ¡Vaya, lo dicho! A mí no debe usted dármelas.

ANGELA No comprendo...

MANOLO ¡No es extraño! Tampoco me comprendo yo. Pero vamos al grano. Don Conrado, es conveniente que salga usted al momento de aquí.

CONRADO ¿Salir yo?

ANGELA ¿Pero por qué causa?

MANOLO Señora, ¿sentirá usted que le diga que su marido es un malvado?

ANGELA ¡Estas palabras!

MANOLO Pues ya lo he dicho; sí, es un malvado,

y algo horrible trama contra el señorito.

ANGELA ¡Oh!

CONRADO ¡Habla! ¡Pronto!

MANOLO ¡No hay tiempo que perder! ¡Vámonos! ¡Se acercan!

CONRADO ¡He aquí mi puesto!

MANOLO Pues el mío está donde se respire más libremente, donde pueda velar por usted... Sería imbécil caer los dos en la misma ratonera... (Yo daré con Carlos.) (Vase.)

ESCENA IX

ANGELA, CONRADO y ENRIQUE.

ENRIQUE ¿Cómo es esto? ¿Usted aun en mi casa?

ANGELA ¡Oh, por Dios, Enrique! ¡Si es Conrado! ¡Mira su mano! No está en ella la cicatriz.

ENRIQUE ¿Y qué prueba eso? Ese hombre sigue con su engaño... ¡Es un miserable!

CONRADO (Pronto a arrojarse sobre Enrique.) ¡Enrique!

ANGELA ¡Oh, por Dios, Conrado!

CONRADO ¡Aparta!

ANGELA ¡Oyeme antes! Es preciso que lo sepas todo.

ENRIQUE Angela, repara que...

ANGELA ¿Por qué no he de decírselo?

ENRIQUE Porque va a reirse de tu credulidad.

ANGELA ¡Enrique!

CONRADO ¡Acaba de una vez!

ANGELA ¡Sábelo! Los mismos que sin duda te apartaron de nuestro lado, aprovechándose de tu ausencia y de tu parecido con otro, trataban de usurpar tu nombre y tu fortuna.

CONRADO ¡Oh! ¡Qué infamia!

ANGELA Pero ya descubierto su intento criminal...

ENRIQUE Sí, arrancada la careta a los culpables, sólo el juez debe tener contacto con ellos, no prosigas, Angela.

CONRADO ¿Pero es posible que seas tú quien me

acuse, cuando deberías temblar a mi presencia?

ENRIQUE ¡Ira de Dios!

CONRADO ¡Sábelo, Angela! El es el causante de mi largo destierro.

ANGELA ¡Tú!

ENRIQUE ¡Oh!

CONRADO ¡Sí, tú! Y yo te había perdonado; pero te interpones otra vez a mi paso, y veremos quien de los dos caerá en la lucha.

ENRIQUE ¡Vana amenaza! ¿Olvida, acaso, que Angela oyó de sus propios labios lo que motiva su presencia aquí, como lo oyeron el juez y testigos apostados? ¡Qué indigno proceder el suyo! Cuando le facilito yo mismo los medios para la fuga pretende aún...

CONRADO ¡Sí! Pretendo probar a la faz del mundo que eres un miserable.

ENRIQUE ¡Miserable yo!

ANGELA ¡Conrado! ¡Por favor!...

CONRADO ¿Cómo llamarte, pues? ¿Qué calificativo darte a ti, al honorable Enrique de Galcerán, que en su criminal egoísmo, a fin de que heredara su esposa, hizo secuestrar al hermano de ésta para que le mataran?

ENRIQUE ¡Para que le mataran, no!

CONRADO ¡Para que le mataran, no! Al fin confiesas.

ENRIQUE Hemos terminado. Ven conmigo, Angela.

ANGELA ¿Contigo, yo? ¡Jamás!

ENRIQUE Eres mi esposa y me debes obediencia.

CONRADO ¡No! Los viles como tú no tienen derecho al cariño de un ángel. La esposa que no debe abandonarte ¿sabes cuál será? La infamante cadena.

ENRIQUE ¿Esto a mí? Ahí va mi respuesta. (Le da una bofetada.)

CONRADO ¡Oh!

ANGELA ¡Enrique!

CONRADO ¡Firmaste tu sentencia de muerte!
ANGELA ¡Ah! ¡Conrado! Por el llanto que he derramado por ti.
ENRIQUE ¡No ruegues, Angela!
CONRADO (Luchando por desasirse de Angela.) Si quiero librarte de la afrenta... Si no quiero que seas la esposa de un miserable... Ha de morir a mis manos. (Enrique ha agitado la campanilla. Aparecen Mateo y criados, que contienen a Conrado.)

ESCENA X

Dichos, MATEO y criados; luego, EL COMISARIO y agentes.

ENRIQUE ¡Mateo! Que entren esos señores. (Sale el comisario.)
COMISARIO ¿Es usted quien pretende ser don Conrado de Fonseca?
CONRADO Juro ante Dios que ése es mi nombre.
COMISARIO Eso se verá después; síganos usted.
CONRADO ¿Yo?
COMISARIO Se lo suplico.
ANGELA Pero ¿qué va usted a hacer? ¡Es mi hermano!
CONRADO ¿Quieren ustedes mejor testigo?
ENRIQUE (Al comisario.) ¡Cumpla usted su deber!
CONRADO ¡Miserable! (Al abalanzarse sobre don Enrique se interponen los criados y los agentes que aparecen. Sale Ana por la primera izquierda.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, ANA; luego, EL JUEZ.

ANA ¡Oh! ¿Qué pasa aquí?
ENRIQUE (Por Ana, al verla.) (¡Maldita seas!)
ANA ¡Cielos! ¡Don Conrado!
CONRADO ¡Oh, Ana! A tiempo llegas. Tú atestiguarás quien soy.
ANA ¡Oh, sí! ¡Sí! Es el señorito Conrado.
ENRIQUE (¡Oh! Me salvé.) ¡No finja usted: éste es su hijo!
ANA (Titubeando por la sorpresa.) ¿Mi hijo? ¡Ah, no!

ENRIQUE Él la llamó a usted madre al salir de aquí. Lo oímos bien.

ANA Pero si no era el señor... Mi hijo es... el otro.

CONRADO (¿El otro?)

JUEZ (Saliendo por la segunda derecha.) Un momento, señores.

ENRIQUE ¡El juez!

JUEZ (A Ana.) Usted salió acompañando al que dice ser su hijo; díganos, pues, dónde se halla, y esto aclarará la cuestión.

ANA ¿Dónde se halla?... ¡No sé! Se alejó de mí después de darme esta carta para los señores. Seguramente en ella...

ENRIQUE (Abriendo a su pesar la carta que le entrega Ana.) (¡Estoy perdido!)

CONRADO ¡Hay providencia!

ENRIQUE (Después de leer.) ¡Es en vano! En esta carta me dice que no se sabrá jamás de él.

ANA
CONRADO } ¡Oh! (Contrariados.)

JUEZ (A Ana.) En este caso, señora, sea usted sincera, y la creeremos bajo fe de juramento. Jure, pues, ante esta imagen que este caballero es indiscutiblemente don Conrado de Fonseca.

ANGELA Júrelo, Ana.

ANA ¡Lo juro, sí! (Se dispone a hacerlo.)

JUEZ Jure usted que no es su hijo.

ANA (Vacilando.) ¿Que no es mi hijo?

JUEZ ¡Sí! Júrelo usted.

ANA (Va a tender las manos, pero vacila, y cae de rodillas.) ¡Oh, no puedo! ¡No puedo! ¡Hijo mío!

CONRADO ¡Ana! ¡Por Dios!

ENRIQUE (¿Qué misterio es éste?) (A una seña del juez los agentes se apoderan de Conrado. Angela se desmaya, Enrique sonríe.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

El pañuelo de Angela

Parte del jardín del palacio Fonseca. Una alta tapia divide la escena. Un portalón, con puerta de madera, sirve de comunicación con la calle. En el jardín, una glorieta recubierta de yedra, una mesa, sillas rústicas, bancos de piedra, etc., etc. La acción, en la mañana siguiente al actor anterior.

ESCENA PRIMERA

LA CIERVA, EL ZORRO y transeuntes.

CIERVA (Pordioseando junto al portalón.) Una limosnita, caballero... Dios le pagará la caridad. (Los transeuntes se alejan sin socorrerla.) Vaya, no es este sitio a propósito para pedir limosna... No sé quién mé sacó de la Virreina.

ZORRO ¡Cierva! (Saliendo.)

CIERVA ¿Otra vez? Por lo que veo, no transcurre media hora sin que vengas a importunarme.

ZORRO ¡Claro! Como que cuatro ojos ven siempre más que dos... Ya ves, te ayudo en la faena.

CIERVA ¿Embustes conmigo?

ZORRO Ea, pues, voy a serte franco. Como que no lejos de aquí venden un vinillo muy

capaz de resucitar a un muerto, temíamos...

CIERVA ¿Que me metiera en la *tasca*? ¿No es eso?

ZORRO Y que después creyeras ver una cosa viendo otra, como sucedió ayer.

CIERVA ¿Vuelta a la misma canción?

ZORRO ¿Crees aún que Carlos salió con su madre por esta puerta?

CIERVA ¡Claro que sí!

ZORRO ¿Pero cómo pudo ser que le prendieran dentro?

CIERVA Porque entraría después por la escalera principal.

ZORRO No es probable.

CIERVA ¿Y estás seguro de que le prendieron?

ZORRO Como lo estoy de que tiene presidio para rato.

CIERVA ¿Pero de todo eso, a ti qué te importa?

ZORRO A mí nada, pero sí a don Jerónimo.

CIERVA ¿Tu jefe?

ZORRO ¿Mi jefe?

CIERVA Sí, desde que perteneces a su ronda.

ZORRO ¡Bien, cállate!

CIERVA ¿No quieres que se sepa?... Haces bien; como que cualquier día os arrastran a todos...

ZORRO ¿Estás segura?

CIERVA ¡Sí, lo estoy! Los *buenos* siempre hallamos, al fin, nuestro merecido.

ZORRO Pero siguiendo tu modo de razonar, tu porvenir no será muy halagüeño.

CIERVA ¿Qué sabes tú?

ZORRO ¿Qué sé? Poca cosa, pero mira, cuida de tu mano.

CIERVA (Lleva vendada la diestra.) ¿Qué? ¿Por un simple mordisco? Eso no tiene importancia... Como si el perro hubiese estado rabioso..., ¡y no lo estaba!

ZORRO Claro que no; pero ya te he visto, y me retiro. Dentro de poco nos volveremos a ver.

CIERVA ¡Vete enhoramala!
ZORRO Si entre tanto ocurre algo...
CIERVA Sé dónde hallarte.
ZORRO ¡Hasta pronto!
CIERVA ¿Conque no os fiáis de mí? Pues en el pecado vais a llevar la penitencia. Veamos si es tan delicioso como aseguran ese vinillo... Pero, ¡calle! Carlos viene hacia aquí, cuando dijo el Zorro que... ¿Si se les habrá subido a ellos el vino a la cabeza?... ¡Ea! No espantemos la caza... ¿Qué le traerá? (Se aleja.)

ESCENA II

MANOLO y CARLOS. Luego, LA CIERVA.

MANOLO Suerte ha sido el encontrarte.
CARLOS ¡Sí, en efecto! Iba a ausentarme para siempre de Barcelona... ¡Ah! ¡Maldición sobre ti y cuantos pensabais lucrar conmigo!
MANOLO No te falta razón para eso; pero ¡qué diantre!, a lo hecho, pecho. Vamos ahora a lo importante.
CARLOS Sí, dices bien; tal vez lleguemos a tiempo todavía. Doña Angela recibió, sin duda, el aviso.
MANOLO Entregué su carta a Roque, el cochero, que debió cumplir el encargo.
CARLOS Esta es la hora en que, según me dijo, acostumbra bajar al jardín.
MANOLO ¿Estás resuelto?
CARLOS ¡A todo, hasta a perderme! (¿Qué menos puedo hacer por mi hermano?)
CIERVA (Avanzando.) (Nada se oye desde allí.)
MANOLO Se acercan. ¡Ah! ¡La Cierva! Déjame con ella.
CARLOS Pero...
MANOLO Sé lo que me hago. (Se separan. Carlos pasea, impaciente, y observa por la cerradura del portón.)

CIERVA ¡Calle! ¿Eres tú, Manolo? A poco no te saludo... ¡Cualquiera te reconoce con ese jipijapa!... ¡Chico, pareces un americano auténtico!

MANOLO ¡Cómo ha de ser!

CIERVA Pero ¡caramba! ¿Dónde estabas metido? No se te veía.

MANOLO Como que me tocó la china gorda. He estado a la sombra.

CIERVA Alguna buena acción mal recompensada. ¿Y Carlos, también?

MANOLO También, pero salimos con bola blanca. (Es lo mismo que decir: salimos habiendo salvado el fruto del robo.)

CIERVA Siempre es bueno salvar los ahorrillos, porque supongo... ¡Pero estás inquieto! ¿Qué te pasa?

MANOLO Nada, que se nos ha metido algo bueno entre ceja y ceja.

CIERVA Ah..., vamos. Comprendo. Vais a golpear en buen yunque.

MANOLO Y, a lo que veo, tú, pordioseando todavía.

CIERVA ¿Qué voy a hacer? Como no se presente alguna chapuza...

MANOLO ¡A propósito! ¿Te acuerdas de aquella joven que hace tres años...

CIERVA Vaya si me acuerdo... ¿La señorita Amelia?

MANOLO ¿Qué hiciste con ella?

CIERVA ¡Lo que debía! Le busqué una buena pensión..., ¿comprendes? Pero la muy taimada huyó de allí al poco tiempo, y a no ser por los de la ronda, que la volvieron al redil... ¡Como esos chupan siempre... y en todo!

MANOLO ¡Bien! Acaba.

CIERVA Poco queda que decir, porque su escapatoria le valió el ser llevada al *convento*.

MANOLO ¿Al convento? ¿A cuál?

CIERVA ¿A cuál? En esto se conoce que has es-

tado de veraneo mucho tiempo. ¿Nada sabes de ese convento? ¿Es verdad?

MANOLO ¿Pero qué quieres decir?

CIERVA Que ese convento no es de monjas ni de frailes. Se hace en él moneda falsa, y los que entran allí ya no salen jamás... Si de eso le viene el mote.

MANOLO ¿Pero quién te ha contado esa filfa? ¿No comprendes que no habrá quien se atreva a hacer moneda para no disfrutarla?

CIERVA ¡Cierto! Pero se dicen tantas cosas, que... Lo que te afirmo es que a esa señorita la llevaron allí, y puedes echarle un galgo... Los mozos de la Escuadra todo lo husmean para dar con ese escondrijo, y siempre en balde.

MANOLO ¡Ah! ¡Desgraciada Amelia!

CIERVA ¿Qué? ¿Te arrepientes ahora? Pues me parece que debieras haberlo pensado antes.

MANOLO (¡Fuí un infame!)

CARLOS ¡Manolo! (Aparte a Manolo.)

MANOLO ¿Qué quieres? (Idem a Carlos.)

CARLOS Ángela está en el jardín.

CIERVA ¿Qué dice?

MANOLO Nada, que se nos pasa el tiempo.

CARLOS Anda, y espérame en la plaza.

MANOLO (Me llevaré a esa tía bruja; no me fío de ella.) (A la Cierva.) ¡Vamos! Vente conmigo.

CIERVA ¿A dónde?

MANOLO A contemplar el mar, paseando por la muralla.

CIERVA ¡No! Voy al Borne, que es sitio más concurrido, y hay que salir al encuentro de las buenas almas.

MANOLO Pues entonces hasta otro día. ¡Adiós! (Vase receloso.)

CIERVA ¡Adiós! Yo también me largo de aquí... Hasta más ver, Carlos.

CARLOS ¡Vete al diablo!

CIERVA (No me alejaré mucho... Bueno es estar alerta.) (Vase.)

ESCENA III

ANGELA, en el jardín; CARLOS, en la calle. Luego, EL CRIADO; después, LA CIERVA.

ANGELA No sé por qué vacilo... Sin embargo, Carlos es sólo quien puede evidenciar la inocencia de Conrado... ¡Sí! Es necesaria esta entrevista.

CARLOS (Al fin desapareció.) (Llama al portón.)

ANGELA ¡El! ¿Qué hacer? Si alguien me viera... Si me observasen...

CRIADO Señora. (Saliendo.)

ANGELA En la glorieta deben estar las flores que cortó el jardinero para los ramos. Confecciónelos usted mismo.

CRIADO Como ordene la señora. (Entra en la glorieta. Angela abre el portón.)

ANGELA Entre usted.

CARLOS ¡Gracias, señora!

ANGELA He recibido su carta y cumplo sus deseos.

CARLOS No creía volverla a ver tan pronto y por tan triste motivo.

ANGELA ¡Carlos!

CARLOS Debo advertirle que sé cuanto ha pasado en esta casa desde mi salida... Sé la llegada de su hermano y la acusación que pesa sobre él... Tenía en mejor concepto a su marido de usted.

ANGELA ¡Ah! (Reconvención.)

CARLOS Perdón si he podido molestarla. Sólo he venido por si es posible salvar a don Conrado, pues estoy dispuesto a todo.

ANGELA ¡Ah! ¡Usted! ¡Qué noble proceder! (La Cierva va a escuchar junto al portón.)

CARLOS ¡Ah, señora! Usted fué para mí el ángel de redención... Antes de que mis ojos se fijaran en usted era yo un miserable.

Estaba en la pendiente del vicio, iba a rodar hasta el abismo, y su imagen logró contenerme... Cierto que el librar a su hermano de usted será mi condena, el presidió tal vez, pero no importa. No es una sentencia lo que infama: lo infamante es el crimen.

ANGELA ¡Ah! ¡Carlos, por favor!

CARLOS Con presentarme al juez, don Conrado quedará libre de esa acusación que amenaza su libertad y su porvenir, y a eso estoy resuelto; pero considere que mi infeliz madre quedará sin apoyo el tiempo que dure mi cautiverio... Sea usted el báculo de su vejez; no deje usted que esa pobre anciana abomine algún día de su hijo.

ANGELA ¡Oh! No tema por ella. Yo seré su sostén... ¡Sí! ¡Se lo juro!

CARLOS Gracias, señora. Le quedo agradecido, pues me prueba con eso que de mí guardará un grato recuerdo, como jamás se borrará su imagen de mi mente.

ANGELA Salve usted a Conrado, y yo le prometo hacer por usted y por su madre cuanto hiciera por la mía y por mi hermano.

CARLOS ¡Cúmplase, pues, mi destino! ¡Sé cual es mi deber! Adiós, señora.

ANGELA ¿Dónde va usted?

CARLOS ¡A presentarme al juez! Estoy resuelto.

ANGELA Acepto ese sacrificio de su parte, pero no ahora... Cuando hayámos apurado todos los medios.

CARLOS Pero considere...

ANGELA Queda aún mi testimonio. Los jueces no pueden estar tan obcecados que después de oirme condenen a un inocente.

CARLOS ¡Ah, señora! Acepte sin vacilar mi sacrificio, pues es la salvación; ya que para salir triunfantes en la empeñada lucha los miserables apelarán a todo; y si es usted un obstáculo para sus designios...,

ANGELA ¡Oh! No tema usted. Yo sabré guardarme.

CARLOS ¡Pues bien, sea!, pero no fiemos mucho en nuestras propias fuerzas. Tenemos necesidad de un abogado de recta conciencia, a quien no ciegue el brillo del oro, pues tenga usted por seguro que tratarán de sobornarle.

ANGELA ¡Oh! No sobornarán a don Claudio Roca.

CARLOS Elije usted bien; he oído de él, y sé que es un hombre honrado, ¿pero a pesar de sus achaques se encargará de ese proceso?

ANGELA Si yo se lo pido, sí. Y por no perder tiempo... ¡Tomás!

CRIADO (Saliendo de la glorieta.) ¡Señora!

ANGELA Perdone usted si he dudado un momento. (Al criado.) Diga a Roque que enganche.

CRIADO Advierto a la señora que don Enrique ha dado esa misma orden, pero quedan disponibles Pablo y Teodoro; si quiere la señora...

ANGELA ¡No! No les diga nada, y mande recado a Ana que la espero, pues debe acompañarme. (Vase el criado.) Carlos: necesito un carruaje y un cochero de su confianza que me conduzca a Moncada, donde accidentalmente reside el abogado.

CARLOS Cuanto usted mande, señora.

ANGELA Pues que espere cuanto antes mejor en la plaza de Palacio.

CARLOS ¿Pero cómo reconocerá usted el carruaje que?...

ANGELA Tome usted mi pañuelo. Subiré al coche cuyo conductor lo tenga en la mano.

CARLOS ¡Ah, señora! No sabe usted el placer que siento al servirla.

ANGELA ¡Quiera el cielo guiarle!...

CARLOS ¡Adiós, señora! (Sale a la calle. Doña Angela entra en la glorieta. Al fijarse en la Cierva.) ¿Usted aquí?

CIERVA ¿Eres tú, Carlos? ¿Has dado en el clavo?

CARLOS Si dice una sola palabra de cuanto haya oído, ¡ay de usted!

CIERVA ¡Pero hijo mío! Soy una pobre vieja que no hace daño a nadie.

CARLOS Cierto. (¿Qué puedo temer de ella?) (Vase.)

CIERVA Pues no ha podido guardar el pañuelo en sitio más a propósito para... (Acción de robárselo.) Avisaré al Zorro. (Vase.)

ANGELA (Sale de la glorieta con un ramo no acabado de confeccionar.) Terminaré antes los ramos para la Virgen... Que ella guíe mis pasos.

ESCENA IV

DON ENRIQUE y ANGELA.

ENRIQUE Angela.

ANGELA ¿Tú?

ENRIQUE Deseo hablarte, pues debemos ponernos de acuerdo.

ANGELA ¿De acuerdo?

ENRIQUE Sí. He reflexionado y comprendo que no debí acusar a tu hermano, pero me ofusqué... Creí que no podía contar con su generosidad para que olvidara...

ANGELA ¡Para que olvidara tu infamia!... Acaba la frase.

ENRIQUE No pretendo aminorar mi culpa, y si con mi sangre pudiera borrarla...

ANGELA ¿Es decir que te pesa?

ENRIQUE ¡Sí, me pesa!

ANGELA Siendo así, reconocerás como hermano mío al infeliz Conrado?

ENRIQUE ¡No es posible! Sería confesar mi culpa. Hay que seguir la acusación.

ANGELA ¡Enrique!

ENRIQUE Todo me fuerza a ello. Es imprescindible.

ANGELA Pues bien. ¡Yo le reconoceré!

ENRIQUE ¿Y si resultara que no es tu hermano?

ANGELA ¿Es que te propones alguna nueva infamia?

ENRIQUE Sospecho de una intriga de la que procuraré atar todos los cabos, por si los tribunales absuelven a Conrado.

ANGELA Es que tendrán de absolverlo oída mi declaración.

ENRIQUE ¡Eso fuera mi condena! Considera que eres mi esposa.

ANGELA La esposa de un malvado.

ENRIQUE ¿Eh? ¡Basta! Quiero que me obedezcas ciegamente.

ANGELA ¡Vana amenaza!

ENRIQUE ¡No lo creas! A tal extremo he llegado, que me causo horror a mí mismo, y no repararía en otro crimen por encubrir el primero. (Cogiéndola por el brazo.)

ANGELA ¡Me haces daño!... ¡Suéltame!

ENRIQUE ¡Sí! Te dejo, pero medita, y acaso después seas más razonable. Antes de que anochezca quiero saber tu última resolución. (Vase.)

ANGELA ¿Mi resolución? Está tomada. Ahora, a ver al abogado; después, a ponerme bajo la salvaguardia del juez. (Vase.)

ESCENA V

JERÓNIMO y EL ZORRO.

JERÓNIMO No ha sido en vano cuanto oyó la Cierva.

ZORRO Carlos anda más listo de lo que presumíamos.

JERÓNIMO ¿Pero estás seguro de que ama a doña Angela?

ZORRO ¡Segurísimo!

JERÓNIMO Es lo que me importaba saber. Don Enrique recibirá dentro de poco mi carta. Le cito en su jardín... Dentro de la casa las paredes oyen. No sé lo que resolvere-

mos, pero bueno será estar prevenidos. ¿El pañuelo de Angela?

ZORRO Antes de media hora estará en mi poder. He mandado seguir a Carlos, y aunque sea a la fuerza... Como son de la ronda...

JERÓNIMO Que lo prendan y que lo guarden en lugar seguro.

ZORRO Sólo falta que usted se entienda otra vez con don Enrique, y en cuanto a doña Angela...

JERÓNIMO Condúcela a la quinta de la montaña.

ZORRO Pero alguna mujer debe cuidar de ella.

JERÓNIMO Que cuide la Cierva.

ZORRO ¿La Cierva? Me parece que será por poco tiempo, porque el perro que la mordió ha muerto rabiando.

JERÓNIMO Tiempo habrá para substituirla.

ZORRO ¿Y cree usted que doña Angela estará segura en la quinta?

JERÓNIMO Sí; pero si se obstina en resistir siempre, nos queda como último recurso el *convento*. (Don Enrique aparece en el jardín seguido del criado, al que da sus órdenes.) ¡Pero silencio!

ZORRO ¿Qué ocurre?

JERÓNIMO Vigila los contornos. (Mira por la cerradura, mientras el Zorro vigila que no les sorprendan.) ¡Es él! Si convenimos en...

ZORRO ¡Descuide usted! (Vase a una seña de Jerónimo.)

ENRIQUE (Al criado.) ¿Has comprendido? Para nadie estoy en casa.

ESCENA VI

ENRIQUE y JERÓNIMO.

ENRIQUE Es mucha su osadía... ¿Qué me querrá aún? (Jerónimo llama al portón.) ¡El, sin duda! (Abre.) Pase usted.

JERÓNIMO (Pasando al jardín.) Por lo visto se ha vuelto usted razonable y comprende que soy

yo el único que puede sacarle del atolladero.

ENRIQUE Omita usted palabras.

JERÓNIMO ¡Que me place! No he venido aquí para charlar, y hay que aprovechar el tiempo.

ENRIQUE Acabe usted.

JERÓNIMO Amigo mío, jamás creyera que osara usted a tanto. Ha llegado al extremo de acusar de usurpador a su cuñado, y, por si no bastara, me recibe a mí con malos modos. ¿No sabe usted que puedo anonadarle presentando al fingido Fonseca, que cantará de plano, y que aun me queda contra usted el recurso supremo... aquel documento que...

ENRIQUE ¿Qué documento?

JERÓNIMO El que firmó usted.

ENRIQUE Está destruído.

JERÓNIMO No lo crea usted, y en prueba, (Lo saca de su cartera.) mírelo usted.

ENRIQUE ¡Es posible!...

JERÓNIMO Como que el que destruyó usted estaba tan bien imitado... Pero el auténtico...

ENRIQUE ¡Maldición!

JERÓNIMO ¡Ah, amigo mío! No se escapa tan fácilmente de entre mis uñas.

ENRIQUE ¿Qué quiere, pues, de mí?

JERÓNIMO Sacarle del conflicto.

ENRIQUE Pero exigirá...

JERÓNIMO Bien poca cosa. Sentémonos.

ESCENA VII

Dichos y MANOLO, en la calle.

MANOLO (Mientras don Enrique y Jerónimo toman asiento.) ¿Habrá ya salido Carlos?... Veamos. (Mira por la cerradura.) ¡Diablo! A buena ocasión llego. (Queda observando.)

JERÓNIMO En primer lugar me firmará usted este documento (Lo saca de su cartera.), en el cual se declara culpable de lo que ocurre y que

le devolveré al entregarme doble suma de la que le pedía ayer.

ENRIQUE ¿Firmar eso para devolvérmelo falsificado? ¡No! Mañana le entregaré a usted...

JERÓNIMO Ha de ser ahora, pues es imprescindible que sin tardar sepa yo a qué atenerme.

ENRIQUE Ahora no me es posible.

JERÓNIMO Pues hemos terminado. O la firma, o la suma al contado y sin vacilaciones, porque será tarde.

ENRIQUE Me faltó una vez a su palabra, y...

JERÓNIMO Pues para asegurarse quédese con un trozo del papel en blanco que resta, y le servirá de contraseña.

ENRIQUE ¡Es en vano!

JERÓNIMO ¿Es su última palabra?

ENRIQUE ¡La última!

JERÓNIMO (Con autoridad.) Pues dése usted a prisión, para que aclare lo del documento anterior.

ENRIQUE ¿Quién es usted para tanto?

JERÓNIMO (Quitándose los postizos.) El jefe de la ronda.

ENRIQUE ¡Tarrés!

JERÓNIMO ¡El mismo!

ENRIQUE ¿Pero no advierte usted que se pierde conmigo?

JERÓNIMO El compromiso lo contrajo cierto José Alsina, persona para mí desconocida.

ENRIQUE ¿Pero si por el primer documento soy ya su esclavo, para qué quiere dos?

JERÓNIMO Con el primer documento pudiera usted escapar, y quiero tenerle bien cogido.

ENRIQUE ¡Miserable!

JERÓNIMO Dos minutos le restan. De no decidirse será usted detenido por los de la ronda.

ENRIQUE ¡Oh, espere! Voy a firmar. (Coge el documento y va a retirarse.)

JERÓNIMO No, no se moleste usted. Traigo pluma y tintero. (Saca pluma y tintero del bolsillo.) Firme sobre esta mesa.

ENRIQUE (Estoy perdido.) (Firma y se queda con un trozo del papel firmado.)

JERÓNIMO ¡Corriente, pues! Ahora es preciso que nadie salga por la puerta principal de esta casa. Esconda usted la llave y diga que se extravió.

ENRIQUE Pero...

JERÓNIMO Nada tema usted. Haga lo que le digo, y mañana nos volveremos a ver en este mismo sitio y a esta misma hora.

ENRIQUE Le aguardaré.

JERÓNIMO (Caíste en el garlito.) (Va a salir.)

MANOLO (Va a salir.) (Deja franca la puerta. Jerónimo sale a la calle y se fija en Manolo.)

JERÓNIMO (¿Nos habrá oído?...)

ENRIQUE En último extremo siempre me queda el plomo de una pistola. (Vase.)

ESCENA VIII

MANOLO y JERÓNIMO.

MANOLO (Se fijó en mí, pues le abordo.) ¡Don José!

JERÓNIMO ¡Manolo!

MANOLO ¡El mismo!

JERÓNIMO ¡El que nos traicionó! (Busca en sus bolsillos.)

MANOLO Si estima usted la vida no busque arma alguna. (Le apunta una pistola.)

JERÓNIMO ¿Qué quieres?

MANOLO Eso que le firmó don Enrique.

JERÓNIMO ¡Cómo! ¿Viste?...

MANOLO Sí. Por la cerradura.

JERÓNIMO ¡Vaya! ¡El paso libre!

MANOLO ¡El papel, o le abraso!

JERÓNIMO ¡Imbécil!... Toma. (Le ofrece una bolsa.)

MANOLO No pierda usted el tiempo, pues si alguien dobla la esquina le doy gusto al dedo. ¡Vamos! ¡Deprisa! Y si quiere algo, véase después con Carlos.

JERÓNIMO ¿Con Carlos? (¡Oh, excelente idea!) ¿Es decir que no me queda otro recurso?

MANOLO ¡Ninguno!

JERÓNIMO ¿Sabes cuánto contiene esa bolsa?

MANOLO Ni me importa. ¡Pronto! ¡El papel!
JERÓNIMO ¡Tómalo, pues! (Dáselo.)
MANOLO Hemos terminado; pero no olvide que si me pasa algo, puedo perderle.
JERÓNIMO No temas. (Mío es el desquite.)
MANOLO ¡Ahora, a buscar a Carlos! (Vanse por distintas partes.)

ESCENA IX

EL ZORRO, ANGELA y ANA.

ZORRO (Viste de cochero. Se ha fijado en Manolo.) ¡No me cabe duda! ¡Era Manolo! ¿Qué le trae por aquí? Pero nada habrá olido, y saldremos con bien. Hace ya tiempo que la suerte va con nosotros. (Saca el pañuelo de Angela de uno de sus bolsillos.) Aquí está el pañuelo. Pues señor, no halaga mucho eso de esperar... ¿Será por mucho tiempo? (Angela y Ana aparecen en el jardín y van a abrir el portón.)
ANA Eso de haberse extraviado la llave de la otra puerta...
ANGELA No importa. Saldremos por ésta, como otras veces.
ZORRO (¡Son ellas! ¡Al avío!) (Se dirige a ellas mientras cierran el portón.) ¿Necesitan un coche, las señoras?
ANGELA ¡Ah! ¿Es usted quien... (Después de fijarse en el pañuelo.)
ZORRO Aquí está la seña. El coche no era conveniente que esperara en la plaza de Palacio. Por eso aguardo aquí.
ANGELA ¡Vamos! Llegamos a tiempo. (Vanse.)

ESCENA ULTIMA

CARLOS. Después, MANOLO, y al final, LA CIERVA.

CARLOS ¡No hay duda! Hemos sido víctimas de una infamia... ¡Maldita Cierva!... Por suerte he podido escapar, y podré sin duda...

MANOLO ¡Carlos! (Presuroso.)

CARLOS ¿Qué quieres?

MANOLO O fué ilusión, o Angela y tu madre han caído en un lazo. Las he visto subir a un coche que guiaba el Zorro.

CARLOS ¡Oh, están perdidas!

MANOLO Se trata sólo de evitar sus declaraciones a favor de don Conrado, pero será en vano... Mira. (Le enseña el documento.)

CARLOS (Después de leerlo.) ¡Oh, sí! ¡No hay duda! ¡Se salvó! ¿Pero cómo lograste...

MANOLO ¡No perdamos tiempo! ¡Con esto al juez.

CARLOS ¡Oh, sí! ¡Vamos!

CIERVA (Saliendo.) ¡Al fin te hallo!

CARLOS ¡Es usted una infame!

CIERVA Bonita manera de recibirme, cuando traigo una carta para ti. (Dásela.)

CARLOS ¡Veamos! (La lee.) ¡Maldición! ¡Perdido todo!

MANOLO ¡Oh! ¿Qué dices?

CARLOS ¡Oye! (Lee.) «Si usas del documento que te entregará Manolo, o intentas algo para libertar a don Conrado, ruega por doña Angela y por tu madre. Están en mi poder.—*José Alsina.*»

MANOLO ¡Vil ¡Miserable!

CARLOS (A la Cierva.) ¡Ay de usted si no logro arrancarlas de su poder! ¡Oh! Entonces...

MANOLO ¡Oh! ¿Cómo lograrlo?

CARLOS ¡Dios quiera inspirarme! Yo encontraré sus huellas. Ven conmigo. (Vanse.)

CIERVA ¡Buscad! ¡Buscad! Ni en las entrañas de la tierra estarían mejor guardadas. (A un transeunte.) ¡Una limosnita!... ¡Dios le pagará la caridad, señorito!... (Vase importunándole.)

TELÓN

FIN DEL ACTO QUINTO

ACTO SEXTO

El convento

Un subterráneo. Por entre los barrotes de una reja empotrada en la pared del foro se ven algunos peldaños de una escalera ruinosa por la que se baja a la escena. Dos puertas a la derecha; la del segundo término, chapeada de hierro y asegurada con fuertes cerrojos; es la de entrada al subterráneo. A la izquierda, la que comunica con la fábrica de moneda falsa, también con cerrojos; otra lateral en primer término. Un pozo con cubo y polea. Un armario en que se guardan vasos y botellas. Bancos y mesas en desorden. Un farol colgado del techo alumbra la escena.

ESCENA PRIMERA

LA RUBIA y otras mujeres; COSME y monederos. Al levantarse el telón uno toca la guitarra y una mujer acaba de cantar. Cosme lee un libro raído; los monederos, la Rubia y demás mujeres, al rededor de la mesa. Todos visten harapos, y por su faz amarillenta demuestran el estado más miserable.

VARIOS ¡Bravo! ¡Muy bien!
MONE. 1 Ha cantado de *buten*!
MONE. 2 ¡Venga otra copla!
MONE. 1 ¡Que cante ahora el jilguero! (Por la Rubia.) No ha cantado todavía.
RUBIA ¡No! ¡Hoy no! Me siento mal.
MONE. 2 ¡Eso es pamplina!
MONE. 1 Lo que es, un desaire. ¿Te sientes mal? Pues voy a darte la medicina. (La amenaza.)

RUBIA ¡No, no! Ya cantaré.

MONE. 1 ¡Anda, perezosa!

RUBIA (Canta.)

Triste lloraba mi madre
viendo a mi hermano morir;
cuánto más llorar debiera
el día que yo nací.

MONE. 2 ¡Vaya una copla! Se parece a un oficio de difuntos.

COSME No pidáis alegrías al que llora.

MONE. 1 Gracias al diablo que has dicho esta boca es mía. Creí que te habías vuelto mudo.

COSME Al ver como tratáis a esa pobre...

MONE. 1 ¡Pues que cante, si quiere!

MONE. 2 Como que parece que jamás haya roto ningún plato... Pero dejemos eso y vaya otra ronda.

MONE. 1 ¡Dices bien! ¡El vino es la alegría! ¡A llenar los vasos! (A la Rubia.) ¿Y tú, no quieres?

RUBIA Sí.

MONE. 1 Pues toma un vaso y apúralo de un trago. (La Rubia apura un vaso.) ¡Así me gustan las mujeres!

RUBIA (Cuanto más beba, más pronto acabará todo.)

MONE. 2 A ver si así tus cantos suenan a fiesta.

MONE. 1 ¿Y tú no quieres, Cosme? ¡Por tu despedida! Ya que vas a separarte de nosotros...

COSME No tengo sed.

MONE. 1 Parece que no sientes mucho dejarnos.

MONE. 2 ¡Claro! Nada te importa de nosotros... Lo importante para ti es que sales rico.

COSME No lo creáis. Los alcances que me corresponden de ese maldito negocio serán para los pobres.

MONE. 1 ¿Para los pobres? ¡Vaya! ¡No digas sandeces! Bien ganado tienes el dinero para que otros, con sus manos limpias...

COSME A saber antes lo que era eso, hubiera preferido el presidio.

MONE. 1 ¿Sabes que si te oyera el Zorro no sales hoy?

MONE. 2 Y si, como es ya costumbre, viene borracho...

COSME Pues no hablemos de eso.

MONE. 2 Estás malhumorado... ¡Ah, ya caigo!... No está aquí la Chiva, y tú, no teniéndola cerca...

COSME ¿La Chiva? Dejadla en paz.

MONE. 1 ¿Es que ya te aburre? Lo he notado. Desde que trajeron aquí a aquella señorona no pareces el mismo. Pero créeme, no pienses en ella. Cada uno debe contentarse con lo que le corresponde. Aquella es la parte del capitán, que para que no se lo roben guarda aquí su tesoro. (Señala la primera puerta de la derecha.)

COSME ¡Guardarlo en esta mina!...

MONE. 1 Que es el lugar más seguro. Pero si echabas de menos a la Chiva, aquí la tienes.

ESCENA II

Dichos y AMELIA. Viste miserablemente, como los demás.

AMELIA ¿Cómo es eso? ¿Aquí, sin contar conmigo?

MONE. 2 ¡Pues se contaba! Cosme no ha bebido porque tú no estabas.

AMELIA Beberé yo por él. Dame tu vaso.

MONE. 2 Tómalo, prenda. (Se lo llenan y ella lo apura.)

MONE. 1 ¡Vamos, alégrate, Cosme! Tienes ahí a tu media naranja.

COSME ¡No te ocupes de mí!

MONE. 1 Despídete de ella... Hoy se marcha, Chiva.

AMELIA ¿Que se marcha?

RUBIA (¡Dichoso él!)

MONE. 1 Terminó el contrato. ¡Pero al avío! No tardará el Zorro, y si nos halla mano sobre mano... (Se levantan.)

MONE. 2 ¿Te quedas, Cosme?

COSME Sí. Para mí acabó eso.

MONE. 2 Adiós, y no hagas como los otros que salieron, que no se acuerdan de nosotros.

COSME ¡Adiós! (Se despiden todos de Cosme, y vanse por la segunda izquierda.)

RUBIA ¿Y de mí no te despides?

COSME ¿Por qué no? (Le da la mano.)

RUBIA Es tan poco la mano...

COSME ¡Infeliz!... Ven. (La abraza. Vase ella llorando.)

ESCENA III

AMELIA y COSME.

AMELIA (Después de una pausa.) ¡Nos dejan solos!...

COSME ¿Temes acaso?

AMELIA ¿Temer?... ¿Qué puedo yo temer?

COSME ¡Desgraciada! Pero, óyeme: aprovechemos los instantes que me restan de estar aquí.

AMELIA Y bien. ¿Qué quieres decirme?

COSME Lo que otras veces... Que te conocí en otros tiempos... Tu nombre es Amelia.

AMELIA ¡No! Aquella Amelia que conociste ha muerto.

COSME ¡No, vive todavía! Podrá creer lo contrario quien no comprenda el lenguaje de las lágrimas. Los muertos no lloran.

AMELIA ¿Llorar yo? Eso en otro tiempo. Mira mis ojos. ¡Secos! Siempre secos.

COSME ¡Por Dios, Amelia! Tú me crees un ser despreciable como los demás que aquí moran, y no fías en mí... Debiste comprenderme.

AMELIA ¡Cosme!

COSME ¡Conozco tu intento! Deseas ser libre, y sé que cuando te alejas de nosotros es para preparar tu fuga.

AMELIA (Me habré yo misma traicionado.) ¿Huir yo? ¿Y a dónde iría? Lejos de aquí sería

mirada con desprecio, mientras que en este recinto soy la reina.

COSME Háblame como si fuera tu hermano... Puedo librarte.

AMELIA (Me tiende un lazo.) ¿De qué has de librarme tú? ¡Bah! No me hables de eso. ¡Quiero morir aquí!

COSME ¿Pero por qué dudas? ¡Oh, yo te lo juro! No fué el crimen lo que aquí me trajo... No sabes aún la infamia que conmigo cometieron esos miserables.

AMELIA Decís todos lo mismo.

COSME Quiero que me oigas y que me juzgues.

AMELIA ¿Vas a contarme esa... infamia?

COSME Sí.

AMELIA Te oiré aunque no te crea.

COSME ¡Vas a creerme!... ¡Estoy seguro!

AMELIA ¡Acaba de una vez!

COSME Oyeme, pues. Un día quiso mi mala suerte que fuese sorprendido en un garito infame Llevaba oculta una navaja, y ese fué mi solo delito. Quedé bien pronto en libertad; pero a los ojos de los de la policía era un ser sospechoso. Otro día se me ofreció trabajo de escultor, pues éste es mi oficio, en una quinta en construcción, dejando a mi cargo el oratorio. Estaba citado frente a una casa situada en Gracia, donde debían reunírseme otros operarios que, como yo, iban en busca de trabajo... No falté a la cita; pero con sorpresa mía bien pronto comprendí que no eran tales operarios los que allí se reunieron, y que su intento era escalar la casa para el robo. Quise separarme de ellos, pero era ya tarde. Una descarga de los de la ronda, allí apostados, había dejado sin vida a los supuestos obreros. Yo, herido levemente, fuí condenado a Barcelona, acusado de tentativa de robo en cuadrilla. Me dijeron que pagaría con el presidio mi delito... Al oirlo, no sé qué pasó en mí... ¡Qué no hu-

biera hecho para librarme de esa afrenta !... Entonces, don José, pues así dice llamarse el amo de esta mina, de esta fábrica de moneda falsa, me propuso la fuga, a condición de que invirtiera el tiempo que debería pasar en presidio en una obra secreta, pero laudable, y que al terminar el plazo saldría rico... No sé cómo, pero acepté, y aquí fuí conducido... Tú sabes lo demás y el horror que me causa todo eso, pues es preferible mil veces el grillete a estar sepultado vivo entre ese montón de podredumbre humana.

AMELIA ¡ Podredumbre ! Como si no fuera lo mismo en todas partes, aquí y fuera de aquí.

COSME Pero con todo, yo sabía que un día u otro saldría libre... ¡ Pero tú no saldrás jamás ! Aquí enterrarán tu cuerpo como los de otras desgracias, y por eso tenía trazado el plan para librarte de ese ominoso yugo !... ¡ Ya lo ves ! Yo te lo confío todo sin temor de que me traiciones. ¡ Ah ! ¿Por qué no eres franca conmigo?... ¿Por qué dudas aun?

AMELIA ¡ No ! ¡ Ya no dudo ! Oyeme pues... Pero alguien viene. Es el Zorro.

COSME ¡ Maldito sea ! (Oyense los acompasados golpes de la máquina de acuñar, que no cesan hasta el final.)

ESCENA IV

Dichos y EL ZORRO. Antes se le ha visto, a través de la reja, bajar por la escalera del foro.

ZORRO ¿Todavía estás tú aquí? ¿No oyes que trabajan los demás?

COSME Yo acabé el contrato.

ZORRO ¿El contrato? ¡ Vaya ! Fíjate en que llevo esta vara, y...

COSME ¡ Sí, ya voy ! (¡ Oh ! En cuanto salga libre ¡ ay de vosotros !) (Vase.)

AMELIA ¡Qué cruel eres!

ZORRO ¿Cruel? Pues peor que aquí estaría en presidio.

AMELIA ¡Quién sabe!

ZORRO Lo que sé es que siempre sales en su abono. ¿Acaso le preferirías a mí?

AMELIA ¡No, no! Bien lo sabes. Yo soy tuya.

ZORRO ¡Lo dudo!

AMELIA Pero te amaría más si me dieras la libertad.

ZORRO ¿Libertad? Acaso la obtengas con condiciones.

AMELIA Las que quieras.

ZORRO Ve si te agradan. Serás para nosotros lo que fué la Cierva.

AMELIA ¡Ah, sí! Comprendo.

ZORRO Saldrás cuando te plazca. Podrás pasar temporadas lejos de aquí... Vendrás sólo cuando sea necesaria tu presencia. En una palabra, serás libre.

AMELIA ¡Y todo te lo deberé a ti! ¡Oh, cuánto he de quererte!

ZORRO Pero debes responder de tu silencio. Por allí arriba ignoran lo que aquí abajo pasa y han de ignorarlo siempre.

AMELIA ¡Callaré! ¡Yo te lo juro!

ZORRO Nosotros no fiamos en juramentos.

AMELIA ¿Qué quieres, pues?

ZORRO Hasta hoy fuiste nuestra víctima; mañana serás nuestra cómplice.

AMELIA ¡Oh! Haré lo que quieras.

ZORRO Piénsalo bien.

AMELIA Estoy dispuesta a todo.

ZORRO ¡Mira que arriesgas en ello la vida!

AMELIA ¿Y qué me importa la vida?

ZORRO Pues bien: hoy necesitamos de ti.

AMELIA ¿Hoy?

ZORRO Sí. Acaba Cosme su contrato; saldrá para no volver, y debemos asegurarnos de que no dirá palabra de...

AMELIA ¡Sí! Cosme callará.

ZORRO ¡Ya lo creo! Callará como han callado tantos otros. (Algo cínico.)

AMELIA ¿Qué quieres decir?

ZORRO Dijiste que estabas dispuesta a todo por tu libertad.

AMELIA ¿Puedes dudarlo?

ZORRO ¿Sabes lo que se acostumbra hacer cuando uno termina?

AMELIA ¡Nada más sencillo! Saldar cuentas y brindar por la prosperidad del que sale.

ZORRO ¡Eso! Se brinda, pero con vino envenenado, que tú debes servir.

AMELIA ¡Cielos!

ZORRO La muerte es la única que guarda los secretos.

AMELIA (¡Dios mío!)

ZORRO Hoy termina Cosme. Aunque digas lo contrario, algo sientes por él... Si sales bien de esa prueba, serás libre.

AMELIA ¡Oh!

ZORRO ¿Pero vacilas? Considera que es ya tarde para volverte atrás... ¡Sabes ya demasiado!

AMELIA ¡Pero es monstruoso!

ZORRO Eso es lo que se te exige a cambio de tu libertad.

AMELIA ¿Llamas libertad a una vida de remordimientos?

ZORRO ¡Esos se ahogan con vino! ¡Haz como yo!

AMELIA ¿No dices que me quieres? Pues huyamos de aquí... Eso fuera la dicha.

ZORRO ¡La dicha no es para mí! Mi voluntad es esclava de otro... ¡De don José! ¡Por él diera mi vida! Por él no vacilaría en partirte el corazón, si eso le salvara... ¡Por él, todo!

AMELIA (¡No hay esperanza!)

ZORRO ¡Concluyamos!

AMELIA (No hay otro medio.) ¡Acepto!

ZORRO Piensa que una traición de tu parte no te salvaría.

AMELIA ¡Soy tuya en cuerpo y alma!

ZORRO Siendo así, abre ese armario. (Abrelo Amelia.) Dame esa botella que tiene encarnado el rótulo. (Dásela Amelia y él vierte en ella el contenido de una redomita.) ¡Ya está! Vuélvela a su sitio, y cuida bien de la llave del armario.

AMELIA ¡Oh! (Vacila.)

ZORRO ¡Pronto! (Amelia hace lo indicado.) No te sorprenda después que nosotros bebamos de la misma botella... Será para que no sospeche; pero habremos tragado un contra veneno propio para el caso. Ahora... (Cierra la puerta que comunica con el taller.)

AMELIA ¿Qué haces?

ZORRO Te incomunico hasta el momento oportuno. (Oyese un silbido.) La seña de don José. Vete a tu cuarto, y hasta muy pronto. (Amelia se dirige a la primera izquierda y el Zorro vase por la puerta de salida, viéndosele, a poco, cruzar el foro. Amelia vuelve a la escena.)

AMELIA ¡Infeliz Cosme! He de salvarle a toda costa... Pero ¿cómo?... ¡Ah! Nada más fácil que cambiar el vino de la botella. (Se dirige al armario, pero retrocede.) ¡No! No es posible ahora... ¡Inspírame, Dios Santo! (Vuelve a la primera izquierda.)

ESCENA V

JERÓNIMO y EL ZORRO.

JERÓNIMO (Después de cerrar la puerta con llave.) (Me hiciste esperar mucho.

ZORRO Sólo he oído una señal.

JERÓNIMO De fijo estarías bebiendo... Eso va a perderte.

ZORRO No lo crea usted. ¡Eso me salva!

JERÓNIMO ¿Cumpliste mis órdenes?

ZORRO ¡Ya lo creo! La botella del rótulo rojo queda ya preparada, y la Chiva substituirá a la Cierva.

JERÓNIMO Es la mejor para el caso, pero no te descuides.

ZORRO ¿Y usted, trae nuevas?

JERÓNIMO Cuatro malas por una buena.

ZORRO Pues empiece por ésta.

JERÓNIMO Que nos hemos salido con la nuestra. Don Conrado ha sido sentenciado por usurpación de derecho civil. En cuanto a las malas, te diré que arrastran por las calles a los de mi ronda, que la revolución es un hecho consumado, y que la reina Cristina abandonó Madrid, quedando en el poder los progresistas.

ZORRO Pues si nos cogen...

JERÓNIMO Nada temas; antes, los dos... (Indica que huirán.)

ZORRO ¿Huiremos?

JERÓNIMO ¡Sí, pero ricos!... ¡Muy ricos!... Justo es que pague tu fidelidad.

ZORRO ¡Y no dude de ella!

JERÓNIMO Muy al contrario; procura, pues, estar prevenido para partir al día siguiente de saldar nuestras cuentas con don Enrique.

ZORRO ¿Con don Enrique? ¿Pero tiene usted otra vez en su poder el documento que le firmó?

JERÓNIMO ¡Sí! Gracias a mis amenazas, Carlos creyó inminente el sacrificio de su madre y de doña Angela, y por salvar sus vidas... Mira el documento. (Lo muestra.)

ZORRO Sí, en efecto...

JERÓNIMO Esa firma vale para nosotros una fortuna.

ZORRO ¿Y Ana? ¿Qué vamos a hacer ahora con ella?

JERÓNIMO Está ya libre. Firme la sentencia de don Conrado, era inútil su detención.

ZORRO ¿Y en cuanto a doña Angela?

JERÓNIMO Ésta es otra cosa. Su terquedad hizo que fuera conducida aquí, y de aquí no se sale sin haberse antes perdido el rastro. Vere-

mos lo que hay que hacer. Ahora puedes irte a descansar.

ZORRO Voy, pues, pero... (Va al armario y lo halla cerrado.) ¡Mala bomba!... ¿Trae usted consigo la llave del armario?

JERÓNIMO ¿Para qué la quieres?

ZORRO Para llevarme mi compañero, mi espanta-penas.

JERÓNIMO Procura que no sea éste el amigo que te venda. (Le da un manojo de llaves. El Zorro abre el armario, saca una botella, y después de devolver las llaves vase.)

ESCENA VI

JERÓNIMO; luego, AMELIA.

JERÓNIMO Ya no puedo fiarme de ti. El vino te pierde, y no has de arrastrarme en tu caída. (Va hacia el armario.) Este es su vino favorito... ¡Como ha de ser! Siento darte este pago, pero es preciso. (Vierte el contenido de un pomo en una botella.) Señalaré la botella... No es preciso; lleva etiqueta azul y es la única que queda. Bueno fuera que cayera yo en mis redes. (Cierra el armario.)

AMELIA (Saliendo y aparte.) Me pareció oir... ¡Ah, don José!)

JERÓNIMO (Esa quizá... ¡No! No ha visto nada.) ¿Eres tú? ¿Qué quieres?

AMELIA ¿Yo? ¡Nada! Pero oí ruido, y...

JERÓNIMO ¿Conque vigilabas? Ya sabía yo que podíamos contar contigo. Oye: toma esta llave. (La saca del manojo.) Es la del aposento de la prisionera. Yo estaré ausente algunos días, y procura que nada le falte durante mi ausencia. Trátala como se merece por su categoría... Es nada menos que doña Angela de Fonseca. ¡Adiós! (Abre la puerta del taller valiéndose de otra llave del manojo y desaparece por allí.)

ESCENA VII

AMELIA; luego, ANGELA.

AMELIA ¡Doña Angela de Fonseca! ¡Oh! ¿Es acaso la Providencia quien la trajo aquí, junto a la víctima de su hermano? La tengo en mi poder... Su honra está en mis manos... ¡Ah! Es preciso que sepa quien soy yo, y quien fué el causante de mis males... (Abre la primera derecha.) Puede usted salir, señora. Estoy sola.

ANGELA (Sale.) ¿Qué quiere usted de mí?

AMELIA Señora, en otro tiempo me llamaban Amelia... Fíjese usted en mí... ¿No me reconoce?

ANGELA ¿Dice que se llama Amelia?... (Se fija en ella.) ¡Oh! Usted fué la prometida de mi hermano.

AMELIA ¡Sí! Fuí la prometida de un miserable que comerció con mi honra.

ANGELA ¡Oh, no! ¡Eso no es posible! No lo crea usted.

AMELIA ¿Que no lo crea? Como si todo cuanto veo a mi alrededor no fueran pruebas irrecusables de su infamia... Si hasta su misma nodriza era una traficante en la trata de blancas.

ANGELA ¡Su nodriza! ¡Ah! La han engañado villanamente.

AMELIA ¿Que me engañaron?

ANGELA ¡Amelia!

AMELIA No me llame usted así. Ya no tengo derecho a ese nombre. Ahora soy la Chiva.

ANGELA ¡Infeliz!

AMELIA ¡Infeliz, sí! Usted ignora, sin duda, lo que es una mansión como aquella a la que fuí conducida... Dicen que allí domina el vicio... ¡Desdichadas! Llaman vicio a lo que es esclavitud... El vicio es libre... Allí hay rejas.

ANGELA ¿Pero qué quiere usted de mí?

AMELIA ¿Qué quiero? ¡Nada, ya! Lo que quería, lo que anhelaba, era la venganza, y la veo lograda.

ANGELA ¡Oh! ¿Qué dice usted?

AMELIA Dentro de poco tiempo será usted, como yo, una víctima de la deshonra.

ANGELA ¡Me horroriza usted!... ¿Es que delira?

AMELIA No deliro, señora. ¡Oh! ¡Hay Providencia! ¡Hay Alguien que hace pagar a usted la culpa de su hermano.

ANGELA ¿Y si él fuese inocente de esa infamia?

AMELIA ¿Inocente? No se burle de mi desgracia, señora.

ANGELA ¡Oh, Amelia! Sépalo usted. El es también desgraciado.

AMELIA ¡Y qué me importa! Que pague su villanía.

ANGELA No; pues mientras usted caía en un lazo infame, caía él en otro.

AMELIA No debo creerlo.

ANGELA Se lo juro a usted por lo más santo. Mi hermano está procesado y acaso sentenciado ya, siendo inocente. Sólo yo podía salvarle con mi testimonio, y para evitarlo me tienen aquí reclusa hace tantos días.

AMELIA Pues a ser como asegura usted, la miserable hubiera sido la nodriza de Conrado.

ANGELA ¿Qué dice usted?

AMELIA Que ella fué la primera que comerció con mi honra.

ANGELA ¿Y está segura de que fué ella?

AMELIA Así me lo dijo Conrado.

ANGELA ¿Se llamaba Ana?

AMELIA Sí, y por mote la Cierva?

ANGELA ¿La Cierva? ¿La desgraciada que me custodió antes de ser aquí conducida y que murió rabiosa?

AMELIA Murió de rabia, sí.

ANGELA Pues no fué ella su nodriza, ni la Cierva se llamó Ana.

AMELIA ¡Ah! ¿Me lo jura usted?

ANGELA ¡Sí, se lo juro! ¿Me cree ahora? ¿Duda de Conrado todavía?

AMELIA ¡Debo creerla, sí! ¿Qué le valiera a él esa infamia?... ¡No, no debo ya dudar!

ANGELA Si hubiera manera de salir de aquí, se lo probaría plenamente.

AMELIA ¡Salir de aquí! Hace ya tanto tiempo que lo procuro en vano... ¡He perdido ya toda esperanza!

ANGELA ¡Oh, quién sabe! Confiemos en Dios.

AMELIA ¡Dios no oye nuestros ruegos!

ANGELA ¡Infeliz! ¿Duda usted de su misericordia?

AMELIA Aquí he acabado por dudar de todo.

ANGELA ¡No dude usted! Dios no puede abandonarnos... Espere usted un milagro de su omnipotencia.

AMELIA ¿Un milagro? ¡Ja, ja, ja! (Ruido de voces en el taller.) Pero ¿qué es eso? (Va a observar por la cerradura.)

ANGELA ¿Qué significa?

AMELIA Retírese usted.

ANGELA Pero...

AMELIA No pierda un momento, y si cree usted en algo, rece con fervor... ¡rece!

ANGELA ¡Oh, sí! Confío en Dios.

AMELIA ¡El quizá nos oiga! (Vase Angela.)

ESCENA VIII

AMELIA.

(Después de observar.) No me engañé... Llegó el momento. No perdamos tiempo. Corramos el cerrojo para que no me sorprendan. (Corre el cerrojo y después abre el armario, del que toma la botella del rótulo encarnado.) Esto al pozo. (Tira el contenido.) ¿Con qué

llenarlo ahora? ¡Ah! Con el vino que bebe el Zorro... Diré que me lo he bebido yo. (Llaman a la puerta del taller.) ¡Llaman! ¡Apresurémonos! (Llena la botella vacía con el vino de la del rótulo azul.) ¡Ya está! ¡Sea ahora lo que Dios quiera! (Deja la botella del rótulo encarnado en su mismo sitio, y con la del rótulo azul ya vacía en la mano va a abrir la puerta del taller, fingiéndose borracha.)

ESCENA IX

AMELIA, JERÓNIMO y COSME.

JERÓNIMO Pero ¿es que no querías abrir?
AMELIA ¡Ja, ja, ja!... (Risa estúpida.)
JERÓNIMO ¡Ah, ya comprendo!
COSME ¡Infeliz!
JERÓNIMO Pero a pesar de todo puede servirnos... Aquí saldaremos nuestras cuentas.
COSME Donde usted quiera.
AMELIA ¡Ja, ja, ja!...
JERÓNIMO Ríe cuanto quieras, pero sírvenos. Esta las toma alegremente. ¡Pronto! ¡Pluma y tintero!... A la vez trae una botella y dos vasos. Date prisa.
COSME Yo no beberé.
JERÓNIMO ¡Cómo es eso! Cuando yo convido no se me desaira.
COSME Como usted quiera, pero...
JERÓNIMO (A Amelia.) ¿Qué tardas? ¡Esa!... ¡Cualquiera! Ahora los vasos. (Amelia sirve de la botella del rótulo encarnado.)
AMELIA ¡Ja, ja, ja!...
JERÓNIMO (Sacando su cartera.) ¡Pues vamos a la cuenta! Aquí, en legítimos billetes del banco...
AMELIA (Pasando junto a Cosme.) (¡Valor!)
COSME ¿Eh?
JERÓNIMO ¿Qué es eso?
COSME Nada, que al ver tanto dinero...

JERÓNIMO Pues, como te decía... Pero llenemos los vasos... Sírvenos, Chiva. (Chiva les sirve. Jerónimo la observa con disimulo.) En esta cartera van los diez mil duros que estipulamos, según creo.

COSME ¡Sí! ¡Así fué!

JERÓNIMO Cuéntalo. (Bebe de su vaso.)

COSME (¡Ha bebido! Yo que sospeché..) (Mientras Cosme cuenta los billetes, Jerónimo apura el contenido de un pomo que trae a prevención.)

AMELIA ¡Ja, ja, ja!... (Lo ha observado.)

COSME (Después de contar.) Está corriente.

JERÓNIMO Pues pon la firma en este recibo, a fin de dar cuenta... (Cosme firma.) Muy bien. (Guarda el recibí.) Ahora brindemos a tu prosperidad.

COSME No es que sea desaire, pero...

JERÓNIMO ¡Ja, ja, ja! Temes, acaso, que... He bebido ya dos veces y vuelvo a llenar el vaso. (Amelia va a servirle.) No te molestes. Me sirvo yo mismo.

AMELIA (¿Sospechará?)

JERÓNIMO A tu salud.

COSME ¡Gracias! (Rehusando el vaso.)

JERÓNIMO ¿No bebes? ¡Voto al infierno!

COSME ¡No se enfade!... (¿Qué debo temer cuando ha bebido ya dos veces?...) (Bebe.)

AMELIA ¡Ja, ja ja!

COSME (¡Pobre mujer!)

JERÓNIMO ¡Gracias al diablo! Voy a dar orden de que te acompañen... (Ya no revelarás nuestro secreto.) ¡Adiós! Anda, Chiva.

AMELIA ¡Ya voy! (Lleva aun la botella en la mano.)

JERÓNIMO Pero, ¿es que has bebido de esta botella?

AMELIA Sí... Del vino que bebe el Zorro.

JERÓNIMO (¡Fatalidad!)

AMELIA Pero, ¿por qué se turba?

JERÓNIMO ¿Yo? ¡Por nada! (¡Es una lástima! ¡Pobre chica!)

AMELIA ¿Qué quiere usted decir?

JERÓNIMO ¿Qué quieres que diga?... ¡Adiós!

(¡Qué diantre! El contraveneno era sólo suficiente para mí.) (Vase por el taller, cerrando rápidamente la puerta.)

ESCENA X

AMELIA y COSME.

AMELIA ¡Cosme! Da gracias al cielo que he logrado salvarte...

COSME ¿Tú?

AMELIA ¡Sí! Don José te cree envenenado.

COSME ¡Oh!

AMELIA Pero he cambiado el vino, y ahora veremos lo que hay que hacer.

COSME ¿Pero es esto cierto? ¿Estás segura de lo que dices?

AMELIA ¡Sí, segura!

COSME Será aprensión sin duda, pero no sé qué siento.

AMELIA ¡Sí, sí, aprensión! Al pozo fué la pócima... Pero, calla... Oigo pasos... Sin duda va a volver para sacarte de aquí... Finge los efectos del brevaje.

COSME ¡Oh, sí! ¡Dices bien! Gracias, Amelia.

AMELIA ¡Pronto! ¡Se acercan! (Va a observar.)

COSME ¡Socorro! ¡Me abraso!

AMELIA ¡Así, así!

COSME ¡Agua! ¡Por caridad! ¡Agua!

AMELIA ¡Sigue, sigue!

COSME ¡Dios mío!... Pero, ¿qué es esto? ¿Es que estoy en realidad envenenado?

AMELIA ¡Oh, no vienen aún!

COSME ¡Ah! ¡Madre mía, ya no te veré más!

AMELIA ¡Oh! ¡Se alejan!...

COSME Morir, cuando todo iba a sonreirme otra vez... ¡Oh, qué agonía! ¡La muerte, por piedad!

AMELIA ¡Y no abren aún!

COSME ¡Yo muero, Amelia! ¡Yo muero!

AMELIA ¡Qué ansiedad!

COSME ¡Agua!... ¡Agua!... ¡Socorro!...

AMELIA ¡Calla! No finjas ya.

COSME ¡Si no finjo, Amelia! ¡Estoy envenenado realmente!

AMELIA ¡Cielos! ¡Envenenado, tú! ¡Oh, misericordia, Señor!

COSME ¡Agua!... ¡Dame agua!

AMELIA ¡Oh! (Llena un vaso con el agua del cubo y Cosme bebe con avidez.)

COSME Júrame que no eres cómplice de esos miserables.

AMELIA ¡Oh, te lo juro!

COSME Pues saldrás libre de aquí para que salves de morir como yo a esos desgraciados.

AMELIA ¡Oh! ¡Habla! ¡Pronto! Si volviera...

COSME Acabaría la vida antes que yo. (Va al pie de la reja y desentierra una pistola.)

AMELIA ¡Una pistola!

COSME ¡Sí! Se la quité al Zorro mientras dormía, y la creyó perdida. (Va a forcejar la puerta del taller.) ¡Ah! A no estar cerrada...

AMELIA Corramos los cerrojos por esta parte... Que no nos sorprendan. (Lo hace.) ¡Habla!

COSME ¡Oh! ¡Me abraso!... Oye: esta reja está limada... Con un pequeño esfuerzo puede franquear el paso. Todo lo tenía preparado para huir contigo. Junto a la pistola guardaba las limas. Cuando sea de noche huye de aquí. El pasadizo que se ve comunica con una casa desmantelada y podrás fácilmente por ella salir a campo libre...

AMELIA Pero si el Zorro...

COSME ¡No temas! A estas horas ya estará ébrio como acostumbra. ¡Huye! Denuncia ese ominoso lugar, y salva a los demás.

AMELIA ¿De modo que esos barrotes?...

COSME Sí. Cederán fácilmente.

AMELIA ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias, Cosme!

¡Te deberé la vida! ¡Y no poder salvarte!... (Forcejea la reja.)

COSME ¿Qué vas a hacer? ¿Quieres que todo sea en vano? Has de esperar a la noche.

AMELIA ¡No! ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ah!... ¡No puedo!

COSME Pero considera...

AMELIA ¡Aun puedo tal vez salvarte!

COSME No arriesgues por mí tu vida.

AMELIA No debo esperar más. Se trata, al mismo tiempo, de salvar a un inocente, y me dices que espere...

COSME Si así lo quieres, ¡sea! (Forcejean los dos.) ¡Oh, Dios mío! ¡No puedo más!... ¡Yo muero!

AMELIA ¡Señor, no nos abandones! ¡Ah!... (Ceden los barrotes, pero Cosme cae convulso.) ¡Cosme!

COSME ¡No pierdas un instante! ¡Nada puedes hacer por mí! ¡Sálvate tú!

AMELIA ¡Cosme! (Se arrodilla junto a él y le besa, después va a llamar a Angela.) Salga usted, señora.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y ANGELA; después, el ZORRO.

AMELIA ¡Dios hizo el milagro! Está franco el camino.

ANGELA ¡Oh, gracias, Dios mío!

ZORRO (Aparece dando traspiés, y lleva la botella vacía en la mano.) ¿Qué es esto, Chiva?

ANGELA ¡Oh! ¡Todo perdido!

ZORRO (Al fijarse en Angela.) ¡Oh! ¿Esta también?... (Va a detenerla, pero Amelia le sujeta por la espalda. Cosme, que sigue inadvertido por el Zorro y doña Angela, hace esfuerzos para levantarse.)

AMELIA (A Angela.) ¡Huya usted, antes de que me obligue a soltarle!

ANGELA ¡Pero dejarla!...

AMELIA Yo la seguiré. ¡Pronto!

ZORRO Tú verás como me libro de ti, y entonces...

AMELIA ¡Huya usted! ¡Aun es tiempo!

ANGELA ¡Pero sin usted!...

AMELIA ¡Hágalo por su hermano!

ANGELA ¡Oh, sí! No debo dudar.

AMELIA ¡Quiera el cielo guiarle!

ANGELA ¡Adiós, hermana mía! (Vase.)

ZORRO ¿Quieres soltarme?

AMELIA ¡No! Aunque me mates.

ZORRO ¿Aun que te mate? Pues, toma. (Con la mano que le queda libre logra sacar un puñal, con el que hiere a Amelia en un costado.)

AMELIA ¡Ah! (Cae.)

ZORRO Ahora... la otra. (Va a salir, pero Cosme, que consiguió levantarse, le apunta la pistola.)

COSME ¡Atrás!

ZORRO ¡Mil rayos!

COSME ¡Quieto ahí! ¡Tu vida está en mis manos! (Cuadro. Oyese golpear a la puerta del taller.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEXTO

ACTO SEPTIMO

¡Justicia!

La decoración del acto tercero.

ESCENA PRIMERA

ANGELA y EL CRIADO.

ANGELA ¿Cumplió el encargo?

CRIADO Lo mejor que he sabido. No debe tardar Ana en venir.

ANGELA ¿Pero se puede salir sin riesgo a la calle?

CRIADO Sí, señora; todo ha vuelto a su estado normal, y a no ser que se pesque a alguno de los de la ronda de Tarrés y lo arrastre el populacho...

ANGELA ¡Jesús!

CRIADO Les van dando caza como a las fieras. Esta mañana han hecho materialmente pedazos a uno de los subcabos, apodado el Zorro.

ANGELA (¡El Zorro!)

CRIADO ¿Manda algo más la señora?

ANGELA No. Puede ya retirarse. (Vase el criado.) Mi resolución es acertada. Mi marido y yo no podemos vivir en un mismo techo... Todo me recordaría su infamia. ¡Pobre hermano mío! ¡Sentenciado a presidio!

¡Oh! No sufrirá la condena... Yo haré que se decrete la revisión del proceso... Pero acusar a mi marido... Inspírame, Virgen santa.

ESCENA II

Dicha y ENRIQUE.

ENRIQUE Angela.

ANGELA ¡Cómo! ¿Se atreve aún...

ENRIQUE Un día u otro debía sincerarme, y quiero que sea hoy. Debes oirme.

ANGELA ¿Oirte? (Siempre con marcado desdén.)

ENRIQUE Debo poner la cuestión en su verdadero terreno. Acaba apenas un proceso en el que, bien a pesar mío, he tomado parte, y ya me veo amenazado con otro en el que no la he tomado tan activa como supones. Me refiero al de tu secuestro.

ANGELA ¿Y viene usted a mí protestando de su inocencia?

ENRIQUE Sí, pues es un absurdo creer que yo mismo propalase esas calumnias que eran mi deshonra a la par que la tuya.

ANGELA A no conocerle como le conozco podría creerle. Pero ¿qué importancia tiene para usted que se diga de una mujer honrada lo que de mí se dijo? La policía sigue las huellas de la desaparecida; hace pocos días le vieron pasar la frontera acompañada de un joven muy conocido en la alta sociedad de Barcelona... Más tarde, según la misma policía, se nos vió en París, y por fin, en el Havre, donde embarcamos para América. Eso carece de importancia para usted... Lo importante era que el tribunal, ante una conducta tan anómala, prescindiera de mis declaraciones y sentenciase a un inocente... He aquí lo que convenía a sus planes y lo que consiguió.

ENRIQUE Juro ante Dios no ser yo el autor de tanta villanía. Y cómo pude serlo, si hubo momentos en que, mal aconsejado por los celos, llegue a creer... ¡Perdónamelo, Angela!... Llegué a creer cierto lo que se decía... Pero yo desenmascararé al que ha osado a tanto, y le pediré estrecha cuenta de tu honra ultrajada. ¡Yo te lo juro!

ANGELA Jure lo que quiera, pues será en vano mientras no llegue su *heroísmo* hasta reconocer por hermano nuestro a ese infeliz que gime bajo el peso de una sentencia infamante.

ENRIQUE Eso no puede ser, pues no es Conrado el que así osa llamarse, sino un hermano mellizo del desventurado Carlos.

ANGELA ¿Hermano de Carlos? ¿En qué funda usted esa creencia, que supongo fruto de su imaginación?

ENRIQUE En que Ana, nodriza de Conrado, es la madre de Carlos; y para que veas que no son conjeturas, puedo presentarte pruebas.

ANGELA ¿Pruebas?

ENRIQUE Una irrecusable. La partida de defunción de tu hermano, ocurrida en la Garriga hace veintidós años. (Se la entrega.)

ANGELA ¡Oh! ¡Dámela!

ENRIQUE No hay duda que fuí imprudente al acusarle de usurpación, pero era forzoso romper de una vez con ese intruso que vino a robarnos lo que de derecho nos corresponde.

ANGELA Si usted, con lealtad y por ese documento, hubiese probado la usurpación, hubiera obrado como un caballero; pero ahora toda excusa es vana: se portó usted como un miserable.

ENRIQUE ¡Basta ya! ¡Basta de insultos! Si usted es la dueña de esta casa yo soy su marido; nuestra separación no es un hecho

real todavía... Yo le brindo con la paz; si usted prefiere la guerra, sea, y ¡ay del vencido!

ANGELA Sólo puedo darle el desprecio por respuesta.

ENRIQUE ¡Angela!... (La amenaza furioso. Sorprendida Angela, preparándose a su defensa, deja el papel que retenía en la mano sobre el sofá. Sale el criado. Enrique procura contenerse.)

CRIADO Ana espera a la señora.

ANGELA Voy al momento.

ENRIQUE ¡Cómo! ¿Vas a recibirla cuando fué la culpable de esa substitución?

ANGELA ¡No! No pudo ser ella, pues en aquella época no estaba a nuestro servicio. Además, comprendo ahora el significado de las postreras palabras de mi padre, por las que no debe olvidar que Ana tiene derechos sagrados en esta casa, y que es de malvados el excusar el cumplimiento de la voluntad de los muertos. (Vase. Al pasar junto al criado le dice con arrogancia:) Diga usted que enganchen. (Vase el criado.)

ESCENA III

ENRIQUE, y luego, MATEO.

ENRIQUE ¡La voluntad de los muertos! Los derechos de Ana... Ignoras que las escrituras firmadas por tu padre están en mi poder. Las guardaba por si era posible un arreglo; pero ya que... (Abre la caja de caudales, saca de ella unos pliegos, que rasga en diminutos pedazos.) He aquí lo que resta de los derechos de Ana.

MATEO (Saliendo y sentándose descaradamente.) Aquí me tiene usted a sus órdenes.

ENRIQUE ¿Qué quieres?

MATEO Pregunta más original. ¿Olvida lo que convinimos?

ENRIQUE Me tiene ya aburrido tu insolencia.

MATEO ¡Y a mí su calma! Además, habiéndose abierto de nuevo cierto proceso, me conviene poner tierra de por medio, y como estoy sin fondos... ¿Usted comprende?

ENRIQUE Sí, pero como convinimos, puede sobrevenir...

MATEO No puede sobrevenir nada.

ENRIQUE ¿Qué sabes tú?

MATEO ¡Vaya si sé! La revolución ha abierto las puertas de las prisiones, y don Conrado salió a la calle.

ENRIQUE ¡Pues razón de más!

MATEO ¡Pues razón de menos! Salió, se fué a las barricadas, y allí...

ENRIQUE Acaba.

MATEO A causa de un balazo está de cuerpo presente en el hospital de la Santa Cruz.

ENRIQUE ¡Muerto!

MATEO ¡Por toda su vida! Ahora sí que los pater-noster que le rece no caerán en el vacío.

ENRIQUE ¡Oh! Si fuera cierto...

MATEO Podemos ir a verlo si quiere, pero juntos... Yo no le abandono a usted... Seré su sombra.

ENRIQUE ¡Sígueme, pues!

MATEO Estoy a sus órdenes. (Murmullos dentro.)

VOCES ¡Matadlo! Es de la ronda.

ENRIQUE ¡Eh! ¿Qué es esto?

MATEO El pueblo, que va saldando sus cuentas.

VOCES ¡Es Tarrés! ¡Es Tarrés!

ENRIQUE ¿Oyes? Es a Tarrés a quien persiguen. (Miran por la ventana.) ¡Oh! ¡No hay duda! ¡Es él! ¡Está perdido!

MATEO Van a arrastrarlo, como han hecho con el Zorro.

ENRIQUE (Y sin tener en mi poder... ¡Oh!)

MATEO Pues me gusta la franqueza... Se nos ha metido en casa.

ENRIQUE Es un sagrado para él. ¡Vé! ¡Da la orden! Yo aquí le espero.

MATEO (¡Oh! Si pudiera...)
ENRIQUE ¡Pronto! (Vase Mateo.)

ESCENA IV

ENRIQUE; luego, JERÓNIMO.

ENRIQUE Es sin duda el infierno quien le trae... ¡Debíamos saldar hoy nuestras cuentas y seguramente lleva encima cuanto me concierne! Es preciso el disimulo. Ni una palabra que recuerde ofensas recibidas; yo las vengaré después entregándolo al furor popular.
JERÓNIMO (Sale descompuesto.) ¡Gracias! No esperaba menos de usted.
ENRIQUE Esta es la casa de un amigo.
JERÓNIMO ¿De un amigo? No troquemos los nombres. Estoy en la casa de un hombre a quien no le conviene mi muerte mientras tenga en mi poder lo que en manos ajenas sería su perdición.
ENRIQUE Le aseguro que...
JERÓNIMO No perdamos el tiempo, pues me conviene salir de aquí.
ENRIQUE ¿Salir?...
JERÓNIMO Sí, pero con ciertas precauciones. Por lo tanto empiece por contar esa suma, mientras busco en mi cartera lo que tanto le interesa.
ENRIQUE Perfectamente; aquí está la caja, y...
JERÓNIMO Pues hagamos el cambio.
ENRIQUE (No escaparás con el dinero.) (Cuenta un fajo de billetes.) Uno, dos, tres, cuatro mil...
JERÓNIMO (Buscando los documentos.) ¡Uno... y dos!
ENRIQUE Aquí tengo reunida la cantidad.
JERÓNIMO Vea, pues, si está esto corriente mientras recuento...
ENRIQUE Perdone usted; pero como tengo razón para dudar de cuanto de usted procede, no le entregaré ni un solo billete sin que

me cerciore antes de la autenticidad de esos documentos.

JERÓNIMO Está en su derecho. Supongo guardará usted el pedacito de papel que aquí falta...

ENRIQUE Seguramente.

JERÓNIMO Cerciórese, pues. (Enrique saca el pedacito de papel mencionado.) ¡Perfectamente! Este es el papelito. Lo reconozco por este borrón. (Enrique comprueba las dos partes.) Pero... ¿qué es esto? (Al ver que no ajustan los pedazos.)

ENRIQUE ¿Ve usted como acerté al prevenirme?

JERÓNIMO (Pero quién pudo... ¡Ah! Esto es obra de Carlos... La imitación es perfecta...)

ENRIQUE ¿Qué dice usted a eso? ¡Veamos! ¿Qué haría usted con el que pretendiera por segunda vez engañarlo villanamente?

JERÓNIMO Pero si no comprendo cómo es eso... Este pliego estuvo siempre bajo mi custodia... ¡Puedo jurarlo!

ENRIQUE Entrégueme el auténtico y le ofrezco más oro.

JERÓNIMO Si pudiera salir por el jardín...

ENRIQUE (Cerrando la puerta.) ¡Ah, no! ¡Es mi prisionero! A una orden mía se franquearán las puertas de esta casa, y ya sabe usted el fin que le espera. (Aumenta el vocerío.) ¿Oye usted? Las voces no cesan. ¡Decida al fin! Poco tiempo le queda para salvarse.

JERÓNIMO (¡Astucia, pues!) ¡Ja, ja, ja! Por lo visto creyó que llevaría conmigo ese documento... De usted debo temerlo todo, y tanto es así, que si tardo en salir, o muero en esta casa, su perdición es segura. El que guarda el pliego auténtico le dará curso si antes de anochecer no recibe de mí una contraorden.

ENRIQUE ¡Oh!... (Vacila.)

JERÓNIMO (Me salvé.)

ENRIQUE Pues bien, firme usted esa contraorden, y que se entregue el pliego al portador. Persona de mi confianza irá por él, pues usted no saldrá de aquí.

JERÓNIMO (¡Ganemos tiempo!) El que vaya debe salir de Barcelona.
ENRIQUE Saldrá.
JERÓNIMO Escribiré la orden.
ENRIQUE Aquí mismo.
JERÓNIMO Perfectamente. (Siéntase y escribe.)
ENRIQUE ¡Mateo! (Llamándole.)
JERÓNIMO (Antes de que vuelva ya habrá pasado la borrasca.)

ESCENA V

Dichos y MATEO.

MATEO Mala visita tenemos. En el vestíbulo esperan los mozos de la Escuadra.
ENRIQUE ¡Ah! ¿Conque me ha traicionado? (A Jerónimo.)
JERÓNIMO No lo crea usted. Es a mí a quien buscan. Se me acusa de complicidad en los enormes crímenes cometidos en no sé qué mina, y el juez ha dictado órdenes contra mí.
ENRIQUE ¡Oh!
JERÓNIMO Pero no crea usted ganada la partida, porque si me prenden llevando conmigo el primer pliego firmado por usted, y teniendo el segundo en lugar seguro...
ENRIQUE Salga usted por el jardín.
JERÓNIMO ¡Es tarde! De fijo habrá por allí quien vigile la salida.
ENRIQUE Entonces...
JERÓNIMO Los mozos ignoran nuestra complicidad, y no dudarán de su palabra. Ocúlteme, y dígales que había procurado mi escapatoria con anterioridad.
ENRIQUE ¡Está bien! Entre usted ahí. (En una lateral.) Tú con él, Mateo.
JERÓNIMO ¿Teme acaso?
ENRIQUE No ignore usted que es mi prisionero.
JERÓNIMO ¡Sí, lo soy! Pero su interés está en que

yo me salve. (Entran por la puerta indicada. Aparece el criado anunciando.) La autoridad.

ENRIQUE Que pase.

ESCENA VI

ENRIQUE y MANOLO, de subcabo de los mozos de la Escuadra, seguido de algunos individuos de esa institución.

ENRIQUE ¿Ustedes en mi casa?

MANOLO Venimos en cumplimiento de nuestros deberes. Se ha introducido aquí un sujeto contra quien tenemos auto de prisión.

ENRIQUE Lo siento, pues llegan ustedes tarde... Creyéndolo sólo blanco del furor popular he dado orden de que se le franqueara la puerta del jardín, y seguramente...

MANOLO Tal vez lleguemos a tiempo todavía. El pueblo rodea la casa, y nuestro hombre no se habrá aventurado a salir. No obstante, con su permiso, nosotros saldremos por allí; y de paso, salvando nuestra responsabilidad, veremos si quedó oculto en el jardín. Mande usted que nos acompañen.

ENRIQUE Este criado está a sus órdenes.

MANOLO Adelante. (Vanse los mozos guiados por el criado. Manolo dice aparte a un mozo que queda rezagado:) (¡Alerta! El pájaro está aquí.) (A don Enrique.) Ahora, entre los dos...

ENRIQUE ¿Qué quiere usted?

MANOLO Advertirle que alguien vendrá a visitarle. Atiéndale bien, y esté seguro que es el único que puede salvarle.

ENRIQUE ¿Salvarme? ¿Y de qué?

CONRADO (Apareciendo.) Vas a saberlo.

ENRIQUE (¡Carlos!)

MANOLO Hasta muy pronto. (Vase.)

ESCENA VII

ENRIQUE y CONRADO.

ENRIQUE ¿Tiene usted la osadía de volver a esta casa?

CONRADO ¡Porque es la mía! El que decíais usurpador ha muerto. Una avalancha popular abrió las puertas de la cárcel y lo ha pagado con la vida. Si los tribunales le condenaron como a falso Fonseca deberán juzgarme a mí como el verdadero.

ENRIQUE Pero no lo es.

CONRADO ¿Qué sabe usted?

ENRIQUE ¡Carlos!

CONRADO ¡No! ¡Yo no soy Carlos! ¡Carlos ha muerto!

ENRIQUE ¿Ha muerto?...

CONRADO ¡Sí! Al ser firme la sentencia que sobre mí hizo usted pesar, un sacerdote se presentó en mi celda para fortalecer mi abatido espíritu. Una vez terminada su sagrada misión volvió a salir... Pero si alguno se hubiese fijado en ello hubiera visto que si al entrar aquel sacerdote tenía en la mano una honda cicatriz, al salir ninguna señal había en sus manos, como ocurre con las mías.

ENRIQUE ¡Oh! ¡Tú! ¡Conrado!

CONRADO Conrado, sí, que viene a acusarte con pruebas terminantes... Mira este pliego. La firma es tuya.

ENRIQUE ¿Pero es esto un sueño? ¿Cómo está este pliego en tu poder?

CONRADO Carlos me lo entregó para confundirte.

ENRIQUE ¡Oh, no! ¡Mientes! ¡No puede ser! Esta confesión en poder de Carlos, y por salvarte perder él su libertad..., ¡su vida! ¡No! Esto no es verosímil.

CONRADO No lo es para ti, incapaz de ningún sentimiento noble y elevado... Podía per-

derte, pero eso era perder al mismo tiempo a su madre y a Angela, y entre perderlas y perderse, optó por lo segundo, a fin de que se probara que era yo el verdadero Fonseca.

ENRIQUE ¡El verdadero Fonseca! ¡Ja, ja, ja! El verdadero murió... He aquí la copia del obituario. (Indica el documento que quedó olvidado sobre el sofá.)

CONRADO (Después de leerlo.) ¡Oh! ¿Pero quién soy, entonces?

ENRIQUE ¡Pregúnteselo a Ana! Ella debe de ser su madre.

CONRADO (Anonadado.) ¡Dios mío, Dios mío!

ENRIQUE ¡Ya lo ves! Ningún vínculo te liga a nosotros; pero si quieres sacar algún partido de la situación te aconsejo que me entregues este pliego.

CONRADO ¡Arráncamelo con la vida, si te atreves! ¡El marido de la mujer a quien tanto tiempo he dado el nombre de hermana no ha de acabar su vida en un presidio! ¡Ha de morir a mis manos!

ENRIQUE ¡Desvarías!

CONRADO ¡No! Sea Fonseca o no lo sea, tú eres el causante de mis desdichas todas, y en ti las vengaré.

ENRIQUE ¿Es esto un reto?

CONRADO ¡Sí!

ENRIQUE ¡Vana quimera! ¿Batirme yo contigo? ¿Con el hijo de una sirvienta?... ¡Ja, ja, ja!

CONRADO ¡Miserable!... ¡Oye, pues! En esta misma casa recibí de ti una afrenta, y hoy debo devolvértela. ¡Sí! ¡El hijo de esa humilde mujer, de esa sirvienta, te escupe al rostro a ti, Enrique de Galceran!...

ENRIQUE ¡Oh! ¡Basta ya! ¡Tu vida es poco para saciar mi cólera!

CONRADO ¡Salgamos!

ENRIQUE ¡No! ¡Aquí mismo! (Cierra la puerta del foro

y de la segunda derecha.) Si mueres, te habré matado en defensa propia, como se mata a un ladrón.

CONRADO Y si eres tú el vencido me pierdo irremisiblemente... ¡Pero no importa! ¿Qué me resta en la vida?

ENRIQUE Toma esta espada. (Después de tomar dos de la panoplia.)

CONRADO ¡Oh! ¡Así te quiero! ¡Voy a saciar mi venganza!

ENRIQUE ¡Ay del vencido! ¡En guardia! (Cruzan los aceros.)

CONRADO (Después de breves momentos de lucha.) ¡No atacas con vigor! ¡Tu mano tiembla!

ENRIQUE ¡El coraje me ciega!

CONRADO ¡Tu muerte está cercana! (Le acorrala, y próximo a herirle aparecen Jerónimo y Mateo.)

ESCENA VIII

Dichos. JERÓNIMO y MATEO. Luego, MANOLO y los mozos.

JERÓNIMO (¡Esta es la nuestra!) (Aparte entre los dos.)

MATEO (Pero...)

JERÓNIMO (¡Esta escritura hará nuestra fortuna!) (A traición sujetan a Conrado.)

CONRADO ¡Traición!

JERÓNIMO ¡No quitamos ni ponemos rey!

MATEO Pero es justo ayudar al que mejor pague.

ENRIQUE ¡Oh! ¡Pronto!

JERÓNIMO Sujétale tú bien... ¡Ea! Venga ese pliego. (Mateo le sujeta. Jerónimo registra su pecho.)

CONRADO ¡Infames! ¡Canallas!

JERÓNIMO Chitón, si aun tienes apego a la vida. (Golpes a la puerta del foro.)

CONRADO ¡Socorro! ¡Socorro!

ENRIQUE (Amenazándole con la punta del acero.) ¡Calla!

CONRADO ¡Ah!

JERÓNIMO ¡Aquí está el pliego!

ENRIQUE Venga. (Se abre con estrépito la puerta del foro aparecen Manolo, el criado y los mozos, llegando a

tiempo de apoderarse del pliego que procuraba guardarse Jerónimo. El criado abre la segunda puerta de la izquierda.)

MANOLO ¡A lo que parece llegamos oportunamente! ¡Ea! Asegurad a esos pajarracos. (Los mozos aseguran a Jerónimo y Mateo.)

JERÓNIMO (Al reconocerle.) ¡Manolo!

MANOLO Para lo que guste usted mandar.

ENRIQUE (¡Fatalidad!)

MATEO (Por Manolo.) ¡Traidor! ¡Siempre traidor!

MANOLO ¡Qué vas a hacerle! Caprichos de la suerte. ¿Están bien asegurados? Sacadlos por el jardín. Por allí peligran menos.

JERÓNIMO ¡Oh! ¡Si salgo libre!

MANOLO Claro que saldrá usted.

JERÓNIMO ¿Sí?

MANOLO ¡Ya lo creo! Cuando haya extinguido su condena en un presidio. Eche usted a andar y menos retóricas. (Los mozos se los llevan por el foro, quedando, no obstante, Manolo y otros dos mozos en escena. A don Enrique.) Mande usted enganchar. Tendremos el honor de que nos acompañe.

ENRIQUE ¿Yo preso?

MANOLO Sí, para que nos explique... (El contenido del pliego.)

CONRADO ¡Oh, no! ¡Aun es tiempo! ¡Sálvate de la afrenta!

ENRIQUE ¡Jamás! ¡Mi afrenta es la vuestra! Ella me venga.

MANOLO ¡Oh! No será, porque antes permitiré que... A ver. (Avanza un mozo.) Por decoro de su nombre este caballero debe librarse del presidio. Al salir dejadle que se escape. (Esto, si bien es aparte al mozo, se supone que lo oye Enrique.)

ENRIQUE ¡Ah!

MOZO ¡Nada más fácil! La casa está próxima a la Esplanada; al franquearnos la puerta del jardín puede muy bien...

MANOLO ¡En marcha, pues! (Me has comprendido.)

ENRIQUE (¡Ah! Mío es el desquite.) ¡Vamos!
(Vanse por el foro.)

CONRADO ¡Gracias, Manolo! Dos veces le soy deudor de la vida.

MANOLO Y aun no he saldado con usted mi deuda. Pero alguien viene. ¡Es la señora! Permita que la reciba.

ESCENA FINAL

Dichos. ANGELA y ANA.

ANGELA ¿Qué es esto? ¿Qué ocurre aquí?

MANOLO Señoras...

ANA ¡Ah! ¡Manolo!

MANOLO El mismo, señora Ana; pero este caballero...

ANGELA ¿Qué veo? ¡Carlos!

ANA ¡Hijo mío!

CONRADO ¡Madre, madre! Esta es la primera vez que así la llamo. (La abraza.)

ANA ¡Carlos!

CONRADO Carlos tenía una cicatriz en la mano derecha... ¡Mire las mías!

ANA
ANGELA } ¡Conrado!

CONRADO ¡Conrado murió! He aquí su partida de defunción. Yo no tengo derecho alguno en esta casa.

ANGELA ¡Oh, sí! Los tienes, y yo debo darte cuenta de ellos. ¿Dónde está Enrique?

CONRADO Angela...

MANOLO Perdone la señora, pero...

ANGELA ¿Qué significa esto? ¡Enrique! ¡Enrique!

CONRADO ¡Oh! ¡No le llames! ¡Tu esposo partió!

MANOLO Esta es la verdad, señora, pero creo preferible decírsela... escueta.

ANGELA Hable usted, por piedad.

MANOLO Don Enrique va preso.

ANGELA ¡Preso!

ANA ¡Dios piadoso!

CONRADO Preso, sí, pero no te alarmes; procurarán su evasión.

MANOLO Era preciso impedir que recayera sobre usted su afrenta, y...

ANGELA Y habéis decretado su muerte:

CONRADO ¿Qué dices?

ANA ¡Cielos!

ANGELA Van a asesinarle impunemente al tratar de evadirse.

MANOLO ¡Señora!...

CONRADO ¡Angela!...

ANGELA ¡Ana! ¡Que no desenganchen! (A Manolo.) ¡Guienos usted! Es forzoso evitar... (Oyense dos disparos.)

MANOLO Es ya tarde, señora.

ANGELA ¡Oh! (Se desmaya.)

ANA ¡Dios mío! (La socorre.)

CONRADO ¡Oh! ¡Corre! ¡Vé! Tal vez los disparos no fueron certeros, y quien sabe si...

MANOLO Le hubieran rematado. Estas cosas, o hacerlas bien o no hacerlas.

CONRADO ¡Muerto! ¡Supremo Dios!

MANOLO ¡Se hizo justicia!

TELÓN

FIN DEL DRAMA

Precio: DOS pesetas